LIBRO dot.com

EL ULTIMO DE LOS MOHICANOS

JAMES FENIMORE COOPER



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

INTRODUCCIÓN

Los lugares geográficos donde transcurre este relato, deberían proveer de la necesaria información al lector. Sin embargo, ante tal profusión de nombres, razas y tribus, conviene dar algunas explicaciones.
Se cree que los aborígenes de América proceden de Asia. Hay hechos que lo corroboran. Cree el autor que el color del indio le es peculiar, y mientras sus pómulos muestran un notable indicio de origen tártaro, con sus ojos no sucede lo mismo. El clima puede haber ejercido gran influencia en el color, pero es difícil explicar cómo hubiera podido producirse la fundamental diferencia de los ojos.
La fantasía imaginativa del indio es oriental. Saca sus metáforas de las nubes, de las estaciones, de los pájaros, de los animales y del mundo vegetal. Su lenguaje posee tal riqueza, que expresa una frase con una sola palabra, y mediante una sola sílaba altera el sentido de toda una oración. Da diferentes significados por medio de las más simples inflexiones de la voz.
Los filólogos han dicho que entre todas las numerosas tribus que ocupan el territorio que constituye hoy los Estados Unidos no hay más de dos o tres lenguas. Atribuyen a los dialectos y a la corrupción del idioma la dificultad que tienen las tribus para entenderse entre sí. De aquí han surgido el gran obstáculo que existe para conocer su historia y gran parte de la incertidumbre acerca de sus tradiciones.
En gran medida, los hombres blancos han contribuido a que sean tan oscuras las tradiciones de los aborígenes.
En estas páginas, los lenni-lenapes, lenapes, delawares y los mohicanos designan a un mismo pueblo o a tribus del mismo tronco.
Los maguas, los mingos y los iroqueses, aunque no son exactamente los mismos, suelen ser identificados como tales por estar políticamente confederados y ser los enemigos de los nombrados más arriba. Mingo era un término despectivo y de reproche, como también magua, aunque en menor grado.
Los mohicanos eran los señores de las primeras tierras ocupadas por los europeos en esta parte del continente. Por lo tanto, fueron los primeros en ser despojados de ellas. Los sorprendió el inevitable destino de todos estos pueblos, condenados a desaparecer ante el avance de la civilización.
La región donde transcurre este relato ha sufrido pocos cambios desde que tuvieron lugar los hechos históricos aquí reseñados; hay caminos que cruzan los bosques sin senderos, que Ojo de Halcón y sus amigos se vieron obligados a recorrer.
De todas las tribus mencionadas en esta narración no quedan más que unos pocos oneidas semicivilizados, en las tierras que les fueron asignadas en el Estado de Nueva York. El resto ha desaparecido. Por último, conviene aclarar que el lago Horican es el lago Jorge. El nombre usado en esta obra se extrajo de una tribu de indios llamados los "horigans", que habitaban en las cercanías del hermoso lago.

James Fenimore Cooper

CAPÍTULO I
CABALGATA Y MUJERES EN MEDIO DE LA SELVA

Una amplia frontera de selvas, aparentemente impenetrables, separaba los territorios de las enemigas provincias ocupadas por Francia y por Inglaterra.

Con el tiempo, llegó a parecer que no había sitio tan oscuro en la selva, ni lugar secreto tan aislado, que se hallara libre de las incursiones de los que daban su sangre para satisfacer una venganza, o para mantener la egoísta y fría política de los lejanos monarcas europeos.

Las facilidades que allí ofrecía la naturaleza para la marcha de los combatientes eran demasiado claras para no ser utilizadas. La superficie alargada del Champlain se extendía desde las fronteras del Canadá y penetraba bastante en los límites de la vecina provincia de Nueva York, formando un paso natural que reducía a la mitad la distancia que los franceses tenían que recorrer para atacar a sus enemigos.

El sagrado lago Horigan se extendía hasta unas doce leguas más al sur. Con la alta meseta que allí se interpone impidiendo el paso del agua, comienza una zona de otras tantas millas que conduce, a quién quiera aventurarse en ella, hasta las riberas del río Hudson.

Buscando cómo hostigar al enemigo, los franceses intentaron cruzar los distantes y ásperos desfiladeros de los montes Alleghany. Esta zona se convirtió en la sangrienta arena donde se trabaron casi todas las batallas por la posesión de las colonias. Se construyeron fortalezas en los diferentes puntos de acceso, que una y otra vez fueron arrasadas y reconstruidas, según la victoria se inclinaba a uno u otro de los bandos enemigos.

En este escenario de luchas sangrientas fue donde ocurrieron los hechos que vamos a referir, durante el tercer año de la guerra entre Francia e Inglaterra por la posesión de un territorio que ninguno de ambos países estaba destinado a poseer.

Gran Bretaña ya no era temida por sus enemigos, y sus colonos iban perdiendo rápidamente la dignidad, la fe en sí mismos. Habían visto llegar de la madre patria un ejército selecto, comandado por un jefe elegido entre una multitud de expertos guerreros, que sin embargo había sido vergonzosamente derrotado por un puñado de franceses y de indios.

Tan inesperado desastre había dejado abierta una extensa frontera y el carácter aterrador de sus implacables enemigos aumentaba más aún. Todos habían oído las terribles historias de asesinatos perpetrados a medianoche, cuyos autores principales habían sido los indios.

El terror invadió a todos los colonos. Muchos pensaban que las posesiones de Inglaterra en América estaban perdidas. Al saberse en el fuerte que se había visto al general Montcalm subiendo hacia el Champlain con un ejército muy numeroso, nadie puso en duda la veracidad de la noticia.

Al atardecer de un día de verano llegó un mensajero indio con una carta del comandante Munro, que dirigía una obra que se construía a orillas del "lago sagrado". Munro pedía un refuerzo considerable lo antes posible. La distancia entre estos dos puestos era de unas cinco leguas. Los británicos habían dado a una de estas fortalezas de la selva el nombre de William Henry y a la otra, el de fuerte Edward, en honor de dos príncipes de la familia reinante.

Munro comandaba el primero de estos dos fuertes, con un regimiento de soldados de línea y un destacamento de tropas provinciales, fuerzas escasas para hacer frente al formidable ejército de Montcalm. En el fuerte Edward, el general Webb tenía bajo su mando un ejército de cinco mil hombres. Uniendo los destacamentos a su mando, Webb podía casi duplicar las fuerzas del francés, quien se había aventurado lejos de sus bases, con un ejército no tan numeroso.

Luego de la primera sorpresa, se decidió que un destacamento selecto de mil quinientos hombres partiría al amanecer en dirección al fuerte William, situado en el extremo septentrional del paso. Los novatos en el arte militar corrían de un lado a otro. Los veteranos, más prácticos, se preparaban con calma; sus ojos reflejaban el disgusto por la temible guerra de los bosques, con la que no estaban familiarizados. Concluyó el día, llegó la noche, y en todo el campamento reinó un silencio tan profundo como el de la selva que lo rodeaba.

El pesado sueño de la tropa fue interrumpido por el redoble de los tambores. En un instante todo el campamento se puso en movimiento; hasta el último soldado se levantó para presenciar la partida de sus camaradas.

Mientras éstos estuvieron a la vista de sus compañeros, mantuvieron su prestancia, el paso marcial y el orden en las filas. Mas pronto la selva pareció tragarse a aquella tropa que se internaba lentamente en ella.

Frente a una cabaña de troncos se paseaban los centinelas encargados de custodiar al general inglés. A corta distancia había seis caballos ensillados; dos de ellos estaban destinados a ser montados por señoras de alto rango. Otro portaba mochilas y las armas correspondientes a un oficial; los tres restantes eran para la servidumbre. A la distancia se veían grupos de curiosos y entre ellos un individuo llamaba poderosamente la atención.

Su apariencia no podía ser más desagradable: de miembros desproporcionados, cabeza grande, hombros angostos, brazos largos, manos pequeñas y casi delicadas.

Una chaqueta celeste de cuello bajo dejaba ver su pescuezo largo y flaco; pantalones estrechos y medias de algodón completaban su vestimenta.

Por la cubierta del enorme bolsillo de su sucio chaleco de seda asomaba un instrumento que había despertado la curiosidad de cuantos habitaban en el campamento. El hombre ostentaba un rostro bondadoso e inexpresivo, al parecer para manifestar la gravedad de alguna elevada y extraordinaria misión.

Mientras el grupo se mantenía a distancia de la cabaña de Webb, el individuo se adelantó hasta colocarse entre los sirvientes, expresando sus críticas o sus elogios respecto de los caballos.

Cuando terminó de hablar, levantó los ojos y se encontró con el mensajero indio que había traído al campamento las ingratas noticias de la tarde anterior.

Había en éste una hosca fiereza mezclada con la serenidad del salvaje, que debía llamar la atención de quien lo observase. El indígena llevaba su hacha de piedra llamada tomahawk y el cuchillo de su tribu, pero su aspecto no era el de un guerrero. Solamente sus ojos conservaban la expresión hosca, natural en él. Pero un solo instante su mirada penetrante y desconfiada se encontró con los ojos asombrados del otro y, al punto, cambiando de dirección, en parte por astucia y en parte por desdén, permaneció como clavada en la lejanía.

El movimiento entre la servidumbre anunció la llegada de quienes eran esperados para poner en movimiento la cabalgata.

Un joven con uniforme de oficial condujo hacia los caballos a dos mujeres. Ambas eran jóvenes. La menor lucía hermosa tez, cabellos rubios y brillantes ojos azules. La otra dama, a la que el militar hacía objeto de sus atenciones, parecía un poco mayor y su cuerpo era bastante mas robusto que el de su compañera. Apenas montaron ellas sus caballos, el oficial saltó al suyo, saludando los tres a Webb, quien permaneció a la puerta de su cabaña hasta que se marcharon.

Mientras avanzaban, el oficial, que se llamaba Duncan Heyward, explicó a las jóvenes quién era el indio que los acompañaba.

—Ese indio es un "corredor" del ejército —dijo—. Se ha ofrecido voluntariamente a guiarnos hasta el lago, siguiendo un sendero desconocido que nos llevará en menos tiempo.

—Me es antipático —replicó la menor de las jóvenes—. Sin duda lo conoce bien, Duncan, para así fiarse de él.
—Lo conozco, Alicia —contestó el militar—. Si así no fuera, no le tendría confianza. He oído decir que fue traído a nuestro campamento a raíz de un extraño accidente que tuvo su padre con él. El indio fue castigado por orden de... Pero no recuerdo bien esa historia.
—Si ha sido enemigo de mi padre —contestó Alicia, asustada—, no debemos confiar en él.
El indio se había detenido señalando hacia la enramada un sendero tan angosto que apenas podrían recorrer marchando uno tras otro.
—Éste es nuestro camino —dijo el oficial.
—¿No estaríamos más seguros si siguiéramos el camino de la tropa? — preguntó Alicia.
—La ruta que sigue el destacamento es conocida, mientras que la nuestra será un secreto — contestó el militar.
—¿Desconfiar de ese hombre por la sola razón de que sus maneras no son como las nuestras? — preguntó Cora con frialdad.
El joven la miró con admiración y hasta dejó avanzar sola a Alicia para abrirle paso a la hermosa morena. Tan pronto como el guía notó que las damas manejaban fácilmente sus cabalgaduras, avanzó con rapidez.
El oficial se había vuelto para hablar con Cora, pero se detuvo al escuchar el lejano rumor de la marcha de varios caballos.
Poco después se vio avanzar un potrillo y al cabo de un instante apareció el extraño y desgarbado sujeto. La escuálida yegua que montaba iba a toda la velocidad que le era posible, debido a su mísero aspecto. La actitud y los movimientos del jinete eran tan notables como los del animal que montaba.
A cada cambio en las evoluciones de la yegua, el hombre se erguía sobre los estribos en toda su elevada estatura, produciendo de esta manera, a causa de la exagerada longitud de sus piernas, tan repentinos aumentos y disminuciones de estatura que era imposible adivinar cuáles eran sus reales dimensiones. Alicia no hizo ningún esfuerzo para contener la risa, y hasta los ojos negros de Cora chispearon, risueños.
—¿Busca a alguien aquí? — preguntó Heyward al desconocido.
—Así es —dijo el hombre—. Me enteré de que ustedes se dirigen al fuerte William Henry, y me pareció que un compañero de viaje sería bueno para todos.
—Si se dirige hacia el lago —replicó el oficial—, ha equivocado su camino
—Así es —replicó el desconocido—. Pero creo que puedo hacerle el camino más grato con una conversación amistosa, no reclamo más méritos que el de poseer el don de cantar.
—Me alegro de que nos hayamos encontrado, amigo —dijo Alicia, invitándolo con un ademán a viajar con ellos—. Me gustaría que animara nuestra jornada con un poco de música.
—¿Sabe cantar? —preguntó el desconocido al oficial.
—Sí —contestó Alicia—, pero creo que es más aficionado a las canciones profanas. La vida militar no es apropiada para desarrollar canciones del género serio.
—Óigame, usted —dijo, tomando el extraño instrumento que portaba; se lo llevó a la boca y lanzó un sonido fuerte y agudo, que fue seguido por su voz suave y melodiosa.
El oficial y los demás viajeros, que avanzaban a corta distancia, oyeron el canto del desconocido en medio del silencio del bosque. El indio se acercó al militar y le susurró algo al oído. El oficial se dirigió de inmediato al cantor y le dijo:
—Aunque no corremos peligro, me preocupa la seguridad de todos, de modo que es mejor que recorramos estas soledades en silencio.

El mayor Heyward no se equivocaba, ya que en aquel momento creyó avistar a un indio en medio de la espesura; pero se tranquilizó al ver que el guía no se detuvo. Pasados los viajeros, surgió entre el boscaje un hombre de aspecto salvaje: sus ojos brillaron al observar las huellas de sus futuras víctimas, que seguían confiadamente su camino.

CAPÍTULO II
DOS MOHICANOS Y UN CAZADOR

A orillas de un pequeño río de rápida corriente, a una hora de distancia del campamento de Webb, se encontraban dos hombres. La selva se extendía hasta la misma orilla. En aquel sitio reinaba el más profundo silencio. Uno de los dos hombres tenía la piel roja y el atavío de los salvajes de la región; el otro, aunque vestía como indio, parecía ser de origen europeo, a pesar de su piel curtida por el sol.

El indio estaba sentado sobre un tronco caído y cubierto de musgo, su cuerpo casi desnudo lucía un aterrador emblema de la muerte, pintado en negro y blanco.

Su cabeza rapada sólo conservaba un mechón de pelo en la parte superior, sin otro adorno que una pluma de águila que caía sobre el hombro izquierdo. De su cinturón pendían un tomahawk y un puñal. Sobre sus rodillas desnudas apoyaba un corto rifle militar.

El cuerpo del otro era el de un hombre que había soportado el trabajo duro. Era delgado pero musculoso, vestía una chaqueta de cazador, de color verde oscuro con flecos amarillos, gorro de piel y llevaba un cuchillo en su cinturón. Sus mocasines tenían los vistosos adornos que son comunes entre los indios.

Complementaban su vestimenta la bolsa y un cuerno. A su lado, apoyado contra un árbol, tenía su largo rifle. A pesar de todo esto, su mirada era franca y tenía una expresión de ruda honradez.

—Tus padres —dijo el blanco— llegaron del sol poniente, cruzaron el río, combatieron con la gente del país y se apoderaron de la tierra; y los míos vinieron del cielo rojizo de la mañana, cruzando el lago salado e hicieron casi lo mismo que habían hecho tus padres. Que Dios nos juzgue y que los amigos se ahorren sus palabras de ofensa.

—¡Mis padres combatieron con los indios rojos desnudos! —replicó el indio altivamente—. ¿No existe diferencia, Ojo de Halcón, entre la flecha con punta de piedra y la bala de plomo con que ustedes matan?

—Es verdad que los de mi color tienen algunas costumbres que molestan a una conciencia honesta —respondió el cazador—. Pero toda historia tiene sus dos lados. Cuéntame, Chingachgook, lo que sucedió cuando nuestros padres se encontraron.

—Escúchame, Ojo de Halcón —dijo el indio, después de unos momentos de silencio—. Te repetiré lo que mis padres dijeron y lo que hicieron los mohicanos...

Llegaron desde el sitio donde el sol se esconde durante la noche; atravesaron las grandes llanuras donde viven los búfalos, hasta que llegaron al gran río.

Allí combatieron con los Alligewi hasta enrojecer la tierra con su sangre. Desde las orillas del río hasta las costas del lago salado no encontramos a nadie, aunque éramos seguidos por los maguas de lejos. Conservamos como hombres la tierra que habíamos conquistado como guerreros. En aquel tiempo creció un pino donde está ahora este castaño. Los primeros caras pálidas que vinieron no

hablaban inglés. Llegaron en una gran canoa cuando sus padres habían enterrado el tomahawk con los pieles rojas que los rodeaban. En ese tiempo, Ojo de Halcón, nosotros formábamos un solo pueblo y éramos felices.
La voz del indio traicionó su emoción y su idioma gutural se tornó melodioso y expresivo.
—El lago salado nos daba peces; el bosque, gamos, y el aire, aves. Teníamos esposas que eran madres de nuestros hijos; adorábamos al Gran Espíritu y manteníamos a los maguas tan lejos que no podían oír nuestros cantos de triunfo.
Pero llegaron los holandeses. Desembarcaron y ofrecieron a mi pueblo el agua de fuego, ésa que llaman aguardiente. La bebieron y creyeron tontamente que habían encontrado el Gran Espíritu. Después cedieron sus tierras, pedazo a pedazo, y luego fueron arrojados de las costas, hasta el punto que yo, que soy su jefe, nunca he visto brillar el sol sino a través de los árboles, y jamás he visitado las tumbas de mis padres. Todos los de mi familia han partido para la tierra de los espíritus. Yo estoy en la cumbre y tengo que bajar al valle; cuando Uncás siga mis huellas, ya no quedará quien lleve nuestra sangre, porque mi hijo será el último de los mohicanos.
—¡Aquí está Uncás! —dijo una voz suave a espaldas del indio—. ¿Quién habla de Uncás?
El hombre blanco movió su puñal en la vaina de cuero e hizo un involuntario ademán hacia el rifle. En ese instante un joven guerrero pasó entre ellos y se sentó a la orilla del río.
Chingachgook miró a su hijo y preguntó:
—¿Se atreven los maguas a dejar en estos bosques las huellas de sus mocasines?
—Les he seguido el rastro —replicó el joven—, y sé que son tantos como los dedos de mis manos; pero se ocultan porque son cobardes.
—Serán arrojados de sus guaridas —respondió Chingachgook—. Ojo de Halcón, cenemos y mañana les mostraremos a los maguas qué clase de hombres somos.
—Estoy dispuesto para ambas cosas —respondió el cazador—. Uncás — añadió en voz baja—, te apuesto mi bolsa llena de pólvora contra un poco de wampum a que le pongo una bala entre los ojos, y más cerca del derecho que del izquierdo, a ese gamo que se asoma allí.
—No puede ser —exclamó el joven—. Apenas se ven las puntas de las astas.
El hombre blanco empuñó su rifle, lo apoyó sobre el hombro y cuando se disponía a disparar, Uncás, bajándole el arma, le dijo:
—Ojo de Halcón, ¿quieres combatir con los maguas?
—Estos indios conocen casi por instinto los bosques —replicó el cazador, bajando el rifle—. Te dejo el gamo...
Uncás se acercó arrastrándose hacia el ciervo. Cuando se encontró a poca distancia ajustó una flecha a su arco. Luego se oyó la sorda vibración de la cuerda del arco y la flecha se perdió entre las hojas mientras el animal dio un brinco que lo puso casi a los pies de su cazador. Uncás le clavó el cuchillo en el cuello y el animal, dando un salto, fue a caer al río tiñendo las aguas.
—¡Muy bien! —dijo el hombre blanco—, pero por certera que sea la flecha, es necesario que el cuchillo termine la tarea.
—¡Silencio! —dijo Chingachgook—. Oigo pasos —y se inclinó hasta tocar el suelo con la oreja—. Son caballos montados por blancos. Ojo de Halcón, son tus hermanos. Háblales.
—Lo haré —dijo el cazador—. Es extraño que un indio reconozca esos sonidos mejor que yo. ¡Ah! pero ahora oigo el crujido de unas ramas secas y el movimiento de las hojas. Ya se acercan. ¡Qué Dios los guarde de los iroqueses!
Se acercó a ellos el que venía a la cabeza del grupo. Los viajeros se sorprendieron de verlos aparecer en las profundidades de la selva.
—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Ojo de Halcón.

—Somos cristianos y nos regimos por las leyes del rey —respondió el cabecilla del grupo—. Hemos viajado desde la salida del sol, a la sombra de estos bosques, sin comer, y estamos muy cansados. ¿Saben a qué distancia estamos de un fuerte llamado William Henry, que pertenece al rey?

—Si son amigos del rey, sería mejor que siguieran el camino hasta Edward, allí encontrarán al general Webb, que está perdiendo el tiempo en lugar de avanzar hasta los desfiladeros y rechazar hasta su guarida, más allá del lago Champlain, a ese atrevido francés.

Antes de que el viajero pudiera contestar, otro jinete, apartando las ramas, avanzó hasta su compañero, y preguntó:

—¿Entonces, a qué distancia estamos del Edward? Hemos partido de allí esta mañana para ir a la cabeza del lago. Nos confiamos a un indio, que prometió llevarnos por un camino poco transitado; nos hemos engañado al creer que él conocía tal sendero. En resumen, no sabemos dónde estamos.

—¡Un indio que se pierde en la selva! —exclamó el cazador—. Es extraño que un indio se extravíe entre el Horican y la curva del río. ¿Es mohawk vuestro guía?

— No es de nacimiento, pero esa tribu lo adoptó; creo que es de los que se llaman hurones.

—¡Un hurón! —exclamó el cazador moviendo la cabeza con expresión de desconfianza—. Son una raza de ladrones, sea quien fuere el que los adopte.

—No corremos ese peligro, nuestro guía es un mohawk por adopción y sirve de guía como amigo en nuestro ejército.

—El que nació mingo, mingo morirá —exclamó el cazador—. ¡Un mohawk! Como gente honrada, preséntenme un delaware o un mohicano, que sí son verdaderos guerreros.

—¡Basta! —exclamó Heyward—. No deseo averiguar la reputación de un hombre a quien yo conozco y ustedes no. Aún no han contestado a mi pregunta. ¿A qué distancia estamos del fuerte Edward? —insistió el oficial—. Si quiere conducirnos hasta allá, su trabajo será bien recompensado. Y si usted pertenece al ejército, conocerá el regimiento número 60 del rey...

—¡El 60! Hay pocos oficiales al servicio del rey en América que yo no conozca, aunque lleve una casaca de cazador en vez de la chaqueta encarnada.

—Está bien. Entonces sabrá el nombre del mayor de este regimiento...

—¡Del mayor! —interrumpió el cazador con orgullo—. Si hay en el país un hombre que conoce bien al mayor Effingham, ése soy yo.

— El 60 tiene varios mayores, pero ése es el de más edad; hablo del más joven de ellos, del que manda las compañías que están de guarnición en el William Henry.

—Sí, he oído decir que un joven muy rico, venido de las provincias del sur, ha obtenido ese puesto. Sin embargo, dicen que domina bien su oficio y que es un valiente soldado.

—Como quiera que sea, lo tiene usted delante —replicó el oficial.

El cazador miró, atónito, a Heyward. Se quitó la gorra y contestó con tono menos altivo:

—He oído decir que esta mañana debía salir del campamento este grupo que se dirigía al lago.

—Es así, pero yo preferí seguir una ruta más corta, confiado en el indio de quien les he hablado.

—Lo engañó, mayor. Quisiera verlo.

El cazador pasó por el lado del caballo que montaba Heyward y, entrando en el sendero por detrás de la mula del maestro de canto, saludó a las jóvenes que esperaban inquietas. Detrás de ellas estaba el guía, apoyado contra un árbol.

Inmóvil, hosco y sombrío, sufrió el examen del hombre blanco. Luego Ojo de Halcón se retiró y pasó cerca de las hermanas, fascinado ante tanta belleza.

Mirando al joven oficial le dijo:

—Podría conducirlo al fuerte Edward en una hora. Pero con esas dos señoras, imposible. No recorrería ni una milla en los bosques en la noche, en compañía de ese guía, ni aunque se me

ofreciera en pago el mejor rifle. Ahora —continuó el cazador—, acérquese a él y distráigalo hablándole. Esos dos mohicanos se apoderarán de él sin borrar la pintura de su cuerpo.
—No —replicó Heyward con altivez—. Me apoderaré de él yo mismo.
—¡Silencio! ¿Qué puede hacer un hombre a caballo contra un indio en plena selva?
—Desmontaré.
—Acérquese a ese malvado y háblele francamente, como si fuera su más fiel amigo.
Heyward se acercó al indio, que aún continuaba apoyado al árbol.
—Ya ves, magua —le dijo—, has errado el camino, pero encontramos a un cazador, aquel que está hablando con el músico; él conoce estos lugares, y me promete llevarnos a un sitio seguro donde podremos descansar hasta que sea de día.
—¿Está solo ese cazador? —preguntó el guía.
—¡Solo! ¡Oh, no! No puede estar solo, puesto que estamos con él.
—Entonces se irá Zorro Sutil —replicó el indio.
—¡Vamos, magua! —exclamó Heyward—. ¿No somos amigos? Munro te ha prometido un premio cuando hayas terminado este servicio; yo te daré otro. Descansa, abre tu morral y come algo. Tenemos poco tiempo que perder; no lo desperdiciemos en palabras. Cuando las señoras hayan descansado, continuaremos el viaje. ¿Qué dice Zorro Sutil?
—Zorro Sutil dice que está bien.
El indio se sentó en el suelo, sacó del morral los restos de la comida anterior y se puso a comer, no sin antes haber mirado atentamente en torno suyo. Heyward sacó un pie del estribo mientras trataba de apoderarse de una de sus pistolas.
Pero en ese momento Zorro Sutil se levantó cautelosamente, con movimiento tan lento y felino que su cambio de postura no produjo ni el más leve ruido. Heyward comprendió que había llegado el momento de entrar en acción. Desmontó ágilmente, dispuesto a apoderarse del guía, pero continuó mostrándose tranquilo.
—Zorro Sutil no come —dijo, tratando de halagar al indio—. Su maíz no está bien tostado y parece seco.
Cuando el guía sintió que los dedos de Heyward rozaban su brazo desnudo, dio un golpe al brazo del oficial y, lanzando un grito penetrante, se inclinó y de un salto se perdió en la espesura. En ese instante aparecía entre la enramada Chingachgook, silencioso como un espectro con sus macabras pinturas, y se lanzó en persecución del fugitivo. Después se oyó el grito de Uncás, y se vio un relámpago seguido por la detonación del rifle del cazador.
Heyward quedó inmovilizado por la sorpresa durante algunos momentos. Después, pensando en la importancia de capturar al fugitivo, se precipitó a prestar su ayuda en la persecución. Pero antes de que hubiera recorrido unos cuantos pasos, se encontró con los dos indios y con el cazador, que regresaban convencidos de la imposibilidad de alcanzar al magua.
El cazador propuso entonces alejarse de aquel lugar, de tal manera que dejaran una pista falsa a Zorro Sutil; de lo contrario al día siguiente sus cabelleras estarían secándose al sol, frente a la carpa del francés Montcalm. El joven oficial pidió al cazador que lo ayudara a defender a las damas, a quienes debía proteger, ofreciéndole una recompensa. El hombre blanco levantó la mano, con el gesto de quien acepta la propuesta, y dijo:
—Es verdad. Sería indigno de un hombre abandonar a su suerte a esas inofensivas jóvenes. Estos dos mohicanos y yo haremos todo lo posible para salvar a esas criaturas que nunca debieron venir a este desierto; no esperamos otra recompensa que la que Dios da siempre al que ha acometido una buena acción. Primero, prométanme ser tan silenciosos como estos bosques, suceda lo que sucediere; y segundo, mantener en secreto el refugio adónde los llevaremos.
—Acepto —respondió el joven oficial.

—Entonces, síganme. Estamos perdiendo un tiempo precioso.
A pesar de la alarma que produjo la declaración del peligro, la energía del joven oficial y la gravedad de la situación, lograron que las dos hermanas dominaran su temor y se dispusieran ante cualquier prueba. Silenciosamente y sin perder tiempo, montaron ayudadas por Heyward y se dirigieron a la orilla del río, donde estaban el cazador y sus compañeros.
Los indios, sin vacilar ni por un momento, asieron las riendas de los caballos asustados y los obligaron a bajar al río. A corta distancia de la orilla se volvieron, ocultándose tras un montículo de tierra y árboles, y luego tomaron la dirección opuesta a la corriente del río. Entretanto, el cazador sacó una canoa de un lugar oculto por ramas, e indicó a las hermanas que se embarcaran.
Ellas se apresuraron a obedecer, no sin dirigir inquietas miradas a la oscura masa de árboles que rodeaba el río. El cazador señaló al oficial que fuera a sostener un costado de la frágil embarcación, y la hicieron subir contra la corriente. Por último llegaron a una parte del río donde Heyward descubrió un montón de bultos negros reunidos en un punto en que la ribera alta proyectaba una gran sombra sobre las aguas.
—Los indios, nuestros amigos, han aplicado su criterio al ocultar los caballos.
En el agua no quedan rastros y ni un búho vería algo en ese hueco tenebroso —observó el cazador.
En seguida hizo que el oficial y las hermanas se sentaran en la proa de la embarcación y él se colocó en el extremo opuesto, tan erguido como si navegara en un barco de sólidos materiales. Los indios volvieron al sitio que acababan de abandonar, y el cazador apoyando el palo contra un peñasco, dio un impulso a la canoa y la lanzó al centro de la turbulenta corriente.
—¿Dónde estamos? ¿Qué haremos ahora? —preguntó Heyward.
—Nos encontramos al pie de la montaña Glenn —respondió el cazador en voz alta—. Tenemos que bajar a tierra con cuidado para evitar que zozobre la canoa. ¡Vamos! ¡Suban a esa roca mientras yo voy a buscar a los mohicanos y el venado!
Los pasajeros obedecieron con gusto sus órdenes. La canoa giró, y por un instante vieron la recia figura del cazador, luchando con las aguas agitadas.
Abandonados por su guía, los viajeros, desvalidos e ignorantes del terreno, temían dar un mal paso entre las piedras que los precipitara hacia alguna de aquellas cavernas. Pero no tardó en volver el cazador, acompañado de los dos mohicanos.
—¿Han visto a alguno de nuestros enemigos?
—Al indio se le siente antes de verlo —contestó el cazador, echando al suelo al venado que traía acuestas—. Y tengo otros indicios para advertir su proximidad.
Cuando pasé cerca de los caballos noté que estaban asustados, como si hubieran olfateado a los lobos; y el lobo es el animal que ronda los sitios donde se emboscan los indios, ansiosos por obtener los restos del ciervo que matan para alimentarse.
Mientras hablaba, el cazador se afanaba en reunir ciertos objetos necesarios.
Cuando hubo terminado, se acercó silenciosamente al grupo de los viajeros, acompañado por los dos mohicanos. Luego los tres desaparecieron, como si se hubieran evaporado ante la pared de una roca que se alzaba a muy corta distancia del borde del agua.

CAPÍTULO III
ATRAPADOS, Y SIN PÓLVORA

Heyward y sus compañeras presenciaban con cierta inquietud tales movimientos, sólo el músico se mostraba indiferente a todo.

Poco después se oyeron voces contenidas, como si fueran llamados venidos desde el centro de la tierra y una repentina luz reveló a los que estaban afuera el tan preciado secreto de aquel lugar.

En el extremo de una profunda caverna abierta en la roca estaba sentado el cazador con una antorcha de pino en su mano, cuya llama le daba aspecto fantástico; un poco más adelante estaba Uncás, de pie.

Los viajeros miraban ansiosos la esbelta y flexible figura del joven mohicano que tenía la libertad y la gracia de movimientos de un cuerpo juvenil. Vestía una casaca de caza, sus ojos tenían la mirada firme y serena, sus facciones, pronunciadas y aguileñas, acusaban la pureza ole su raza.

Era la primera oportunidad que Duncan Heyward tenía para observar claramente a sus protectores indios. Todos expresaron abiertamente su admiración por aquel noble ejemplar humano de tan correctas proporciones.

—Este fuego despide demasiada llama —dijo el cazador, cuando todos hubieron entrado a la caverna— y podría llamar la atención de los mingos y causar nuestra ruina. Uncás, cierra la entrada. Aquí tenemos sal en abundancia, y en este fuego asaremos el venado.

Uncás obedeció la orden. Cuando Ojo de Halcón dejó de hablar, se oyó como un trueno lejano el estruendo de la catarata. Del fondo sombrío de la caverna surgió una figura espectral que asustó a las mujeres; era Chingachgook, quien levantando una manta mostró que la caverna tenía dos salidas; y, saliendo con su antorcha, atravesó una especie de abertura en las rocas, en ángulo recto con la gruta donde se encontraban, pero que se diferenciaba de ésta en que no tenía techo, y de allí pasó a otra gruta exactamente igual a la primera.

—Los zorros viejos como Chingachgook y yo no nos dejamos cazar en una madriguera que tenga una sola salida —dijo Ojo de Halcón riendo—. Ahora pueden ustedes apreciar la conveniencia de este lugar. La roca, con los siglos, se ha mostrado más blanda por cada lado, y el agua pasó por encima, abriendo antes este refugio donde podemos escondernos.

Los viajeros estaban más dispuestos a apreciar la seguridad que las bellezas de la caverna descritas por Ojo de Halcón. Además, no habían tomado alimento en todo el día y tenían hambre. Uncás se puso al servicio de las hermanas, teniendo con ellas pequeñas atenciones que no tenía para los demás.

Entretanto, Chingachgook permanecía inmutable, sentado cerca de la luz. Pero su vista no descansaba un momento; veinte veces, al llevarse a la boca un pedazo de carne, se detuvo y volvió la cabeza como si escuchara algún ruido lejano y sospechoso.

—Ven amigo —dijo Ojo de Halcón, dirigiéndose al músico, que estaba sentado detrás de él —. ¿Cómo te llamas?

—David Gamut —contestó el músico.

—¿Cuál es tu oficio?

—Soy un indigno profesor de arte —repuso el maestro—. Enseño a cantar a los jóvenes reclutas del Canadá. No hago otra cosa que enseñar música sagrada.

—¡Extraño oficio! —exclamó Ojo de Halcón, riendo disimuladamente—. ¡Pasarse la vida como un pájaro cantor, imitando los sonidos altos o bajos que salen de las gargantas de otros hombres! Entonces haznos oír cómo cantas; será una manera amistosa de dar las buenas noches.

—Con mucho gusto —contestó Gamut. Y luego preguntó a Alicia— ¿Sería usted tan amable en acompañarme?

Alicia, un poco indecisa, abrió el libro en la página que contenía un himno adecuado a la situación. Cora también se mostró dispuesta a cantar junto a su hermana. David dio el tono con su flauta y empezó el canto.

La música era lenta y solemne. Los indios tenían los ojos fijos en las rocas y escuchaban con tal atención el canto que parecían estatuas de piedra. Los cantantes daban una nota sostenida y vibrante, intensamente grata al oído, que marcaba el final del trozo musical, cuando resonó un grito lejano que no parecía humano y que llegó al corazón de los refugiados. Siguió un silencio tal que hasta el torrente dejó de oírse ante aquel terrible alarido.

—¿Qué es eso? —murmuró Alicia, angustiada.

Ni Ojo de Halcón ni los indios contestaron. Escucharon, como esperando que el ruido se repitiera. Uncás, pasando por la salida oculta y casi invisible, salió sigilosamente de la gruta; entonces el cazador explicó:

—No sabemos qué puede ser. No es el grito de guerra con que los indios se proponen asustar a sus enemigos.

Y cuando Uncás regresó, el cazador le preguntó:

—¿Qué has visto?

—Nada —dijo el indio—. Nuestro escondite es invisible.

—Pasemos a la otra caverna —dijo el cazador—. Tenemos que estar en pie antes de la salida del sol, y ponernos en marcha hacia el fuerte Edward mientras los maguas, que vigilan de noche, duermen todavía.

De pronto, volvió a resonar el espantoso alarido que hizo enmudecer a todos. Y en el propio semblante del cazador comenzó a ceder la firmeza ante aquel misterio que quizá amenazaba con algún peligro, contra el cual nada podían su astucia y experiencia.

—Permanecer ocultos por más tiempo sería no escuchar una advertencia que se nos hace para nuestro bien —dijo el cazador—. Quien emite tan extraños sonidos es el único que conoce nuestro peligro. Ni los mohicanos ni yo podemos adivinar de qué procede el grito que todos hemos oído. Por eso creemos que es una advertencia.

—Sea señal de paz o de guerra, conviene averiguarlo. Muéstrenme el camino, amigos, que yo los seguiré —dijo Heyward.

Al salir de la gruta, los cuatro hombres experimentaron la grata sensación del aire puro. En ese momento se escuchó por tercera vez el mismo grito. Parecía salir del lecho del río, subir hasta las colinas y perderse en la selva.

—Ahora reconozco el sonido —exclamó el oficial—. Es el horrible grito del caballo en dolorosa agonía. Ese sonido pudo engañarme mientras estaba en la caverna, pero aquí lo reconozco sin posibilidad de equivocarme.

El cazador y sus dos compañeros escucharon esta explicación que de algún modo disipaba sus temores.

Los lobos deben andar rondando el lugar y los caballos imploran el auxilio del hombre. Uncás —ordenó el cazador—, baja el río en la canoa y arroja una antorcha encendida entre la manada de lobos. Si no, lo que los lobos no podrán hacer lo hará el indio, y nos encontraremos mañana sin los caballos.

Ya había bajado el joven indio hasta el borde del agua, cuando se oyó un largo aullido que se perdió en el interior de la selva, como si los lobos abandonaran su presa, acosados por algún terror. Uncás regresó en seguida, y con su padre y el cazador parlamentaron en voz baja.

Heyward, por su parte, juntó gran cantidad de hojarasca para instalar allí a las hermanas a resguardo de las flechas y las balas; una alta pared de rocas las protegería. David Gamut, a la usanza india, se acomodó en una grieta de la roca.
Así transcurrieron algunas horas sin que nada ocurriera. Lentamente amanecía. El oficial fue despertado por el cazador:
—Ya es hora de partir, despierte a las jóvenes y aborden la canoa apenas la traiga hasta aquí.
Duncan despertó suavemente a las jóvenes, Alicia, ante su presencia se sintió muy segura y protegida. Pero súbitamente un grito de la joven y el brusco movimiento con que su hermana Cora se puso en pie al escuchar un aterrador tumulto de gritos y alaridos, los trajeron brutalmente a la realidad. Por un instante pareció que el infierno se había volcado allí.
Los gritos no partían de una dirección determinada, pero llenaban la selva, las cavernas y el río. En ese momento brillaron doce fogonazos en la orilla opuesta, seguidos de otras tantas explosiones, y el infeliz David Gamut cayó sin sentido en el mismo sitio donde dormía. Los mohicanos respondieron audazmente a los gritos con que los salvajes celebraran la caída de Gamut. Comenzó un rápido tiroteo, pero ambos grupos eran demasiado hábiles para causar bajas al otro.
Duncan aprovechó un momento favorable para transportar a David al refugio de las dos jóvenes. El pobre músico había salvado su cabellera. Pronto recobraría el conocimiento y el cazador encargó a Uncás que lo llevara a la caverna y lo recostara sobre las hojas.
—Cuanto más tiempo permanezca en ese estado, mejor será —dijo el cazador—. Es posible que vuelvan a atacarnos. Lo único que podemos hacer es quedarnos en este lugar hasta que Munro pueda enviarnos refuerzos. ¡Ojalá que sea pronto, y que nos mande algún jefe que conozca las costumbres de los indios!
—Ya ha oído cuál será nuestra suerte, Cora —dijo Heyward —. Venga con Alicia a esta caverna, donde estarán fuera del peligro de las balas y donde podrán ocuparse del pobre David.
Luego, el joven oficial fue a reunirse con el cazador y los dos indios que se encontraban en el paso más angosto de las cavernas.
Los mohicanos habían vuelto a ocupar los sitios donde habían dormido; en el centro del islote había un matorral formado por algunos pinos poco crecidos, delineando una pequeña enramada, entre los cuales se colocaron el cazador y Duncan. En tal sitio se resguardaron bastante tiempo sin observar nada que les dijera que los indios repetirían el ataque. Pero el cazador lo dudaba.
—Los maguas no se retiran tan fácilmente, ya saben cuántos somos —susurró el cazador—. Mire cómo se acercan a nado. ¡Silencio, si no quiere perder su cabellera de un solo tajo!
No había terminado su advertencia cuando divisó cuatro cabezas de maguas que asomaban por encima de un tronco que bajaba por el río.
Cuando los salvajes ponían pie en la isla, lanzando gritos espantosos, el rifle de Ojo de Halcón apuntó lentamente entre la maleza y comenzó su mortífera tarea.
El primero de los asaltantes cayó como un ciervo herido de muerte y rodó entre las hondas grietas del islote.
—¡Ahora, Uncás! —exclamó el cazador, desenvainando su largo cuchillo—. Ocúpate del último de ellos. De los otros ya estamos seguros.
Sólo faltaba dominar a dos enemigos. Heyward había dado una de sus pistolas a Ojo de Halcón y bajaban rápidamente hacia los enemigos disparando sin dar en el blanco.
—Yo lo sabía —exclamó el cazador—. ¡Vengan, sanguinarios perros del infierno! ¡Aquí hay un hombre cuya sangre no tiene mezcla!
Tras estas palabras se halló frente a un gigantesco indio. Duncan a su vez se encontró trabado en lucha cuerpo a cuerpo con el otro mingo.

El cazador debió recurrir a toda su fuerza y al final prevaleció su gran resistencia logrando hundir el agudo puñal en el pecho del gigante.
Heyward luchaba furiosamente, pero su sable se quebró al primer choque y como no tenía otro medio de defensa, su salvación dependía exclusivamente de su fuerza y su destreza en emplearla. Por fin, consiguió desarmarlo y lucharon al borde del abismo. El indio apretaba fuertemente su garganta, y cuando estaba a punto de sucumbir, apareció una oscura mano armada de un puñal. El indio soltó la garganta del oficial: de su puño cortado manaba un río de sangre. Mientras Duncan era arrastrado fuera del sitio peligroso, vio que su enemigo caía al abismo.
El joven mohicano lanzó un grito de triunfo y, seguido de Duncan, se deslizó hasta un sitio protegido por las rocas y la maleza.
Durante la lucha, Chingachgook había mantenido su puesto con inconmovible firmeza contestando el fuego con certera y deliberada calma. Cuando llegó a sus oídos el grito triunfante de Uncás, el orgulloso padre levantó la voz contestando con un solo grito. Así transcurrieron los minutos con la velocidad del pensamiento.
A veces los rifles de los asaltantes disparaban una descarga, otras hacían tiros aislados.
—Dejemos que gasten pólvora —decía el cazador mientras silbaban las balas sobre su cabeza.
De pronto una bala rebotó en la roca y cayó cerca de Heyward. Ojo de Halcón se apresuró a recogerla, y después de examinarla dijo moviendo la cabeza:
—Una bala no se aplasta así; si hubiera caído de las nubes hubiera sido más fácil de explicar.
Uncás levantó lentamente su rifle y señaló a sus compañeros un sitio que explicaba el misterio. En la orilla izquierda del río crecía un frondoso roble, sobre él se había encaramado un indio y dominaba el lugar que ellos creían seguro.
—Sigue entreteniéndolo, Uncás —dijo el cazador—, mientras voy por mi "matavenados"; entonces haremos fuego desde ambos lados del árbol.
Cuando Ojo de Halcón dio la señal, salieron los tiros al mismo tiempo. Hojas, ramas y cortezas volaron por los aires, pero el indio contestó con una carcajada burlona y con un tiro que arrancó la gorra del cazador. Volvió a resonar en el bosque el griterío de los salvajes, desde donde salió una lluvia de balas.
—Hay que poner remedio a esto —dijo Ojo de Halcón—. Uncás, llama a tu padre; necesitamos usar todas nuestras armas para derribar de su puesto a aquel indio.
Uncás llamó a su padre sin pérdida de tiempo y pronto estuvo éste con ellos para aumentar el poder de fuego. El indio del árbol no cesaba de disparar. Heyward, a quien hacía más visible su uniforme, fue rozado en un brazo por una bala.
Finalmente el hurón, animado por el resultado, intentó apuntar con mayor precisión dejando ver una pierna. Los dos mohicanos dispararon al mismo tiempo.
El indio al retirar su pierna herida dejó ver una gran parte de su cuerpo. Sin perder aquella ventaja, Uncás apuntó hacia la copa del árbol y disparó. Al instante cayó el fusil del salvaje, y al cabo de unos momentos de vanos esfuerzos se vio a éste balancearse en el aire, haciendo desesperados intentos
por asirse a una rama.
—¡Por Dios, disparen para que no sufra! —exclamó Duncan.
—¡No gastaré municiones! —dijo el cazador—. Su muerte es segura y no tenemos muchas balas.
El cazador vacilaba ante la insistencia, hasta que al fin una mano del hurón soltó su asidero y comenzó a caer, tratando en vano de recobrar la rama. Un disparo del cazador terminó con los sufrimientos del indio antes de que tocara el agua, en donde se hundió para siempre.

—Era mi última bala y mi última carga de pólvora —exclamó el cazador—. Uncás, anda a la canoa y trae el cuerno grande, contiene lo único que nos queda de pólvora, y necesitaremos utilizar hasta el último gramo. Conozco bien a los mingos.
El joven mohicano obedeció. El cazador sacudió el cuerno vacío y examinó en vano el contenido de su cartuchera, mostrando su contrariedad. Entonces oyó el grito de Uncás. Salieron las hermanas y David de su refugio, asustados. Muy cerca de la roca se veía la canoa flotando en el remolino en dirección a la corriente, impulsada por un hurón arriesgado. Ojo de Halcón levantó su inútil rifle y lo dejó caer con desaliento: no tenía balas.
El hurón levantó una mano en señal de triunfo. Gritos y risotadas de sus compañeros festejaron la hazaña.
—¡Pueden reírse, malditos! —gritó el cazador, sentándose en una roca —los tres mejores rifles de la selva son ahora tan inútiles como las astas viejas de un venado.
—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Duncan—. ¿Qué nos espera?
El cazador se pasó la mano por la cabeza con gesto tan significativo que no necesitó decir nada más.
Sentado sobre una roca, Chingachgook se había despojado de su puñal y del hacha: desprendió de su cabello la pluma de águila y alisó su característico mechón, como preparándose al horrible procedimiento usual de los pieles rojas con los vencidos.
—¡Es imposible que nuestra situación sea tan desesperada! —exclamó Duncan—. Quizás a esta misma hora se acerquen los refuerzos que nos envían. Yo no veo ahora a los enemigos, quiera Dios que hayan renunciado ya que tienen pocas posibilidades.
—Tal vez tarden un minuto, o tal vez una hora, pero es seguro que caerán tarde o temprano sobre nosotros —replicó Ojo de Halcón—. No me extrañaría que ahora estén muy cerca de aquí. Chingachgook, hermano mío, combatimos juntos nuestra última batalla, y los maguas lanzarán sus gritos cuando la muerte llegue al sabio mohicano y al cara pálida, a quienes tanto temieron.
—¿Por qué hablan de morir? —preguntó Cora—. El camino está libre en todas direcciones, huyan, naden. Inténtenlo.
—Los senderos están vigilados —replicó Ojo de Halcón—. Aunque es verdad que la corriente del río podría arrastrarnos fuera del alcance de sus rifles.
—Entonces —exclamó Cora—, arrójense al río y no aumenten el número de las víctimas.
—¿Qué está diciendo, señora? —dijo el cazador, mirando en torno con aire de ofendida dignidad—. ¿Y mi conciencia, qué?
—Vaya donde mi padre y dígale que los hemos enviado para que se apure en acudir en nuestro auxilio, que los guías nos traicionaron y que todavía puede salvarnos, si no se pierde tiempo.
Las facciones duras del cazador expresaron viva emoción ante la valentía de la joven. Luego llamó a deliberar a los dos mohicanos y juntos decidieron obedecer a Cora.
Chingachgook, se paró sobre una roca escondida de la vista, señaló la otra orilla hacia unos bosques y se lanzó decidido al agua. Por su parte, Ojo de Halcón daba algunas recomendaciones a Cora para que dejara algunas marcas cuando se adentraran en la selva y no les fuera tan difícil a los refuerzos y a él
seguirlos. Luego de esto, se encaramó en la misma roca y, mascullando maldiciones por la falta de municiones, se lanzó al río.
Todos se volvieron hacia Uncás que, apoyado sobre una roca, permanecía inmóvil y callado. Cora le señaló el río y le dijo:
—Tus compañeros ya se fueron y es seguro que no han sido vistos. ¿No irás?
—Uncás se quedará —dijo en inglés el indio.

—¿Para aumentar el horror de nuestra captura y disminuir la probabilidad de que seamos rescatados? —argumentó Cora—. Ve donde mi padre y dile que eres mi mensajero de confianza y que te dé los medios para nuestro rescate. Ése es mi deseo.
Con sombrío rostro, el indio caminó hacia el sito donde se habían zambullido su padre y el cazador y, saltando, desapareció.
—Usted se jacta de que es un buen nadador —dijo Cora a Duncan con una mal disimulada calma.
—¿Eso es lo que Cora Munro espera de mí? —pregunto el oficial tristemente, sonriendo con amargura.
—Usted no tiene armas, será mucho más útil para otros fines.
Duncan no contestó y miró a Alicia, quien se asía de su brazo, desvalida como un niño.
Cora luchaba aparentando serenidad de espíritu.
—Hay males peores que la muerte —musitó Duncan, emocionado—; y quizá pueda evitarlos quien está pronto a morir por ustedes.
Cora no contestó, atrajo a Alicia, la cubrió con su velo y se internaron juntas en la caverna más oculta.

CAPÍTULO IV
EL HURÓN PIDE UN PRECIO ALTO

Duncan se dedicó a explorar el pequeño islote con mucha cautela. No veía el más leve indicio de enemigos. Parecía que los maguas habían partido.
—Los hurones no se dejan ver —comentó David Gamut, aún delicado por el shock. Ocultémonos en la caverna y confiemos en Dios. Me gustaría cantar. ¿Puedo?
—Sólo dentro de la caverna —replicó Duncan, y empujando suavemente a David al interior, se dedicó a colocar ramas en la entrada, aparte de las mantas que habían dejado sus amigos, para lograr que no se colara nada de luz. De esta manera sólo quedaba con escasa luz el otro lado de la caverna, que provenía de un angosto barranco al frente de su salida.
—"Mientras hay vida, hay esperanza" —sentenció Duncan—: A ti, Cora, no es necesario que te infunda confianza, pero ¿cómo podemos calmar a la pequeña Alicia?
—Ya estoy más tranquila, Duncan —dijo Alicia, levantándose—. Esta caverna está lejos de las miradas y es casi invisible, por otra parte, estoy muy confiada en esos tres valientes amigos.
—¡Ahora sí que pareces la hija de Munro! —dijo alegremente Duncan.
El oficial tomó posesión de la parte central de la caverna y se quedó de guardia con la única pistola que tenía, explorando constantemente la entrada.
La confianza fue adueñándose gradualmente de sus corazones a medida que pasaba el tiempo.
Sólo David no compartía estas emociones y se dedicaba a buscar en su librito algún himno apropiado a la situación en que se encontraban. Finalmente pareció hallarlo, pues dijo sin preámbulos:
—Isla de Wight, y sacó una nota baja de su flauta e inició el preludio. Su voz en medio del ruido de la catarata era muy débil y cuando adquiría mayor emoción y profundidad, se escuchó un grito horrible venido desde lejos. Alicia se lanzó a los brazos de su hermana, mientras el mayor trataba de tranquilizarla.
—¡Estamos perdidos! —exclamó Heyward—. Ese sonido viene del centro de la isla y ha sido lanzado ante el espectáculo de los maguas muertos. Aún no nos han descubierto.

Un segundo grito siguió al primero y, luego, resonó un tumulto de voces que partían de los extremos del islote. Eran gritos de triunfo, expresiones de una gran alegría de hombres sumidos en la más feroz barbarie. Pronto se notó que aquellos aullidos partían de todas direcciones. En medio de la confusa gritería se oyó un alarido triunfal cerca de la entrada de la gruta. Heyward perdió entonces toda esperanza, creyendo que el grito indicaba que habían sido descubiertos.

Pero esta impresión de disipó al oír hablar a los salvajes cerca del lugar donde el cazador había abandonado su rifle. Hablaban en una lengua desconocida para el oficial. Muchas veces gritaron simultáneamente algunas frases conocidas:

—¡Carabina larga! ¡Carabina larga!

Heyward sabía que éste era el nombre dado por los salvajes al cazador.

—Llegó el momento crítico —les dijo a las dos jóvenes, que temblaban de espanto—. Si no descubren esta caverna, nos habremos salvado, y dentro de dos horas podemos esperar que Webb nos envíe ayuda.

Transcurrieron todavía minutos de tensión. Heyward entendía que los invasores del islote seguían buscando huellas de Ojo de Halcón. Un ángulo de la manta que cubría la entrada fue movido por una rama, y dejó penetrar un poco de luz a la caverna. Cora rodeó a Alicia con sus brazos y Duncan se puso en pie. Un grito anunció que los salvajes habían descubierto la segunda caverna, que no tardó en ser invadida por todo el grupo.

Como los pasajes interiores que unían a las dos grutas estaban tan cerca entre sí, Duncan, convencido de que ya no era posible pasar inadvertidos, se situó delante de las dos hermanas y de David para recibir el primer choque de los asaltantes. Se aproximó a la frágil barrera que estaba a muy poca distancia de éstos, y aun se animó a mirar hacia afuera con la indiferencia que produce la desesperación.

Al alcance de su brazo estaba la espalda oscura de un indio gigantesco que daba órdenes a sus compañeros. Un guerrero se acercó al jefe con un puñado de ramas y le mostró las manchas de sangre que había dejado David cuando fue herido por las primeras balas de los indios. Las mantas colocadas en el interior empujadas por las ramas que iban amontonando los salvajes por afuera, empezaban a formar un muro más sólido. Heyward respiró más libremente. Y más aún lo hizo cuando advirtió que salían de la cueva.

Los ojos de Alicia habían recobrado su brillo, pero súbitamente su boca se abrió y la palidez de la muerte volvió a cubrir su rostro. Los ojos del oficial siguieron la dirección de los de la joven. Encima de la cornisa, que formaba como un umbral a la abertura de la gruta, vio el rostro malévolo y feroz de Zorro Sutil.

En ese instante el mayor apuntó su pistola y disparó. Los ecos de la detonación produjeron el estrépito de un cataclismo. Disipado el humo de la pólvora, se vio que el indio ya no estaba en la abertura. El guía traidor había desaparecido súbitamente; Heyward corrió a mirar hacia afuera y vio que cruzaba el ángulo que formaba la roca y se ocultaba a su vista.

Los salvajes respondieron con un alarido general. Antes de que Duncan hubiera podido recuperarse de su emoción, la frágil barrera de hojarasca fue esparcida a los vientos y los invasores entraron en tropel. El oficial, las dos hermanas y el músico fueron sacados de su refugio y una vez afuera se vieron rodeados por toda la banda de triunfantes hurones.

Cuando pasó la sorpresa de esta repentina desgracia, Heyward observó la conducta de sus enemigos. Contra su costumbre de abusar de sus venganzas, habían respetado a Cora y Alicia y también al músico, e incluso a él mismo.

El objetivo de los indios no eran ellos, sin duda, sino Carabina Larga. Duncan fingió no comprender su lenguaje. El antiguo guía se conducía de manera muy diferente al resto de los

salvajes. Mientras éstos se ocupaban de apoderarse de los efectos pertenecientes al cazador, Zorro Sutil se mantenía a corta distancia de los prisioneros, mostrando una tranquila y profunda satisfacción, como si hubiera logrado cuanto deseaba.
—Un guerrero como Zorro Sutil —le dijo Duncan— no se negará a decirle a un hombre desarmado qué es lo que dicen esos hombres.
—Preguntan dónde está el cazador que conoce todos los senderos de la selva —replicó el magua—. El rifle de ese cazador es bueno y sus ojos están siempre abiertos, pero nada puede contra Zorro Sutil.
El grito de ¡Carabina Larga! se oyó otra vez.
—Los hurones piden la vida del cazador o la de quienes lo tienen oculto —exclamó el magua.
—Se ha escapado y está lejos del alcance de ellos —explicó Duncan—. No ha muerto, ha huido nadando en la corriente cuando los ojos de los hurones estaban detrás de una nube.
—¿Y por qué se quedó el jefe blanco? —preguntó el magua.
—El hombre blanco cree que solamente los cobardes abandonan en el peligro a las mujeres de su raza.
—¿Dónde está Gran Serpiente?
Duncan comprendió entonces que los hurones conocían mucho mejor que él a sus tres amigos ausentes.
—Escapó aprovechando la corriente del río.
—Ciervo Ágil no está aquí —añadió el indio.
— No sé a quién llamas de ese modo —contestó Duncan.
—Uncás —dijo el magua—. Antílope Saltarín llaman los blancos al joven mohicano.
—Si te refieres al hijo del mohicano, huyó con su padre.
Cuando Zorro Sutil explicó a los hurones lo que había sucedido, lanzaron gritos espantosos. Estaban molestos, uno de ellos trató de apoderarse de los hermosos y largos cabellos rubios de Alicia, retorciéndolos con una mano, mientras con la otra blandía un cuchillo y señalaba por dónde trazaría el corte.
Duncan sintió gran alivio cuando vio que el jefe reunía en consejo a los guerreros. La deliberación fue breve, y a juzgar por el silencio que siguió, las opiniones fueron unánimes. El mayor observó la prudencia con que los hurones habían realizado todos sus actos; el desembarco perfecto realizado una vez que habían cesado las hostilidades, el traslado de sus armas en canoas.
Como era imposible resistirse, Heyward dio el ejemplo de sumisión, siendo el primero en embarcarse junto a las hermanas y David, que no salía de su estupor.
Los indios volvieron a reunirse y algunos de ellos fueron a buscar los caballos, cuyos relinchos habían contribuido probablemente al descubrimiento del escondite de sus dueños. El grupo de indios se dividió. El jefe montó el caballo de Heyward y tomó el camino directo a través del río, seguido por la mayor parte de su gente.
En pocos momentos desaparecieron en la selva y los prisioneros con seis indios quedaron a cargo de Zorro Sutil. Duncan observaba todo esto con inquietud, pensando que los entregarían como prisioneros a Montcalm. Se volvió de nuevo hacia Zorro Sutil y le dijo que deseaba decirle algo a solas. El indio habló con sus compañeros, que estaban ocupados en ensillar torpemente los caballos que montarían Cora y Alicia. Después se apartó unos pasos y le indicó al oficial que lo siguiera.
—Zorro Sutil es merecedor del nombre que le pusieron sus padres en Canadá
—comenzó Duncan—. ¿Acaso Zorro Sutil ha dejado de ser nuestro amigo?
—Basta. Zorro Sutil es un jefe sabio. Ya se verá lo que él hace. Cuando el magua hable será el momento de contestar.

Heyward notó que las miradas del indio estaban fijas en el grupo de sus compañeros y retrocedió de inmediato para evitar la sospecha de alguna conspiración con su jefe. El magua se acercó a los caballos e indicó al oficial que ayudara a las dos hermanas a montar. El magua dio la señal de partida y se puso a la cabeza del grupo. Lo seguían el músico, más atrás Cora y Alicia, acompañadas por Duncan, y finalmente los indios.

En este orden avanzaron en profundo silencio, dirigiéndose por una ruta opuesta al camino del William Henry. Recorrieron milla tras milla a aquella selva que parecía no tener límites. Durante todo el camino el indio guardó silencio y ni siquiera se volvió a mirar a los que lo seguían. Sin más guía que el sol, marchaba a paso firme, insensible al cansancio.

Después de cruzar un valle surcado por un arroyo tortuoso, llegaron a la ladera de una colina tan alta y empinada que Cora y Alicia tuvieron que desmontarse. Ya en la cumbre, se encontraron en una meseta escasamente arbolada. El magua se tendió bajo un árbol, para darse el descanso de que todos los viajeros parecían estar necesitados.

La meseta elegida por el magua como sitio de descanso no presentaba otra ventaja que su elevación y su forma, favorables a su defensa y que hacía imposible toda tentativa de sorpresa. Heyward, sin esperar ya socorro alguno, se dedicó a consolar a las dos hermanas.

Zorro Sutil, que permanecía aislado, aparentemente sumido en honda meditación, llamó de pronto al oficial y le pidió que le trajera a la joven de cabellos negros, pues el magua deseaba hablar con ella. Duncan fue a buscarla. Cuando volvió con Cora el indio le hizo una seña para que se retirara.

—Cuando un hurón habla a las mujeres —le dijo sonriendo—, su tribu se tapa los oídos.

Cora esperó hasta que Duncan se retirara, y volviéndose al indio le preguntó qué deseaba de la hija de Munro.

—El magua había nacido jefe y guerrero entre los hurones de los lagos. Después vinieron a la selva los blancos del Canadá y le enseñaron a beber aguardiente, que lo convirtió en un bribón. Los hurones lo arrojaron del lugar de los sepulcros de sus padres como si fuera un búfalo. ¿Es culpable Zorro Sutil de que su cabeza no fuera de piedra? ¿Quién le dio el aguardiente? ¿Quién lo convirtió en un bribón? Fueron los caras pálidas, la gente de tu color. Los caras pálidas han expulsado a los pieles rojas de sus campos de caza, y ahora, cuando combaten, es bajo las órdenes de un jefe blanco. El anciano jefe de Horican, tu padre, era el gran capitán de nuestra tropa. Hizo una ley para castigar al indio que, después de beber aguardiente, entraba al campamento de sus guerreros. El magua tontamente abrió la boca y el aguardiente lo llevó a la cabaña de Munro.

-¿Qué hizo el de cabellos blancos?... Que lo diga su hija.

—Hizo justicia —dijo la intrépida Cora.

—¡Justicia! —repitió el indio—. ¡Mira! Aquí hay cicatrices de heridas de cuchillos y balas.

—Si mi padre ha sido injusto contigo, muéstrale que un indio sabe perdonar una ofensa y devuélvele sus hijas.

—Todo hurón devuelve bien por bien y mal por mal. Los brazos de los caras pálidas son largos, y filosos sus cuchillos. La joven de los ojos claros puede volver al Horican y decirle al anciano jefe lo que ha sucedido, si la mujer de cabellos negros jura por el Gran Espíritu de sus padres que no mentirá.

—¿Qué debo prometer? —preguntó Cora.

—Cuando el magua dejó su pueblo, su mujer fue dada a otro jefe. Ahora que él ha hecho nueva amistad con los hurones, volverá adonde están los sepulcros de su tribu, en las costas del gran lago. Que la hija del jefe inglés lo siga y habite para siempre en su tienda. Cuando los azotes surcaron la espalda del hurón, él supo dónde encontraría una mujer que sufriera esos golpes. La hija de Munro irá a buscarle el agua, le molerá el maíz y le cocinará el venado. El cuerpo del viejo dormirá entre seis cañones, pero su corazón estará al alcance del cuchillo del Zorro.

—¡Monstruo! —exclamó Cora, a lo que el indio contestó a este audaz desafío con una sonrisa irónica que revelaba su firme propósito de ejercer la venganza proyectada, y despidió a Cora con un ademán.
Heyward corrió a reunirse con su amiga, pero ésta eludió una respuesta clara. Abrazó a su hermana y le dijo:
—Alicia, el hurón nos ofrece la vida a ti y a mí; devolverá a nuestro valioso amigo Duncan, junto contigo, a nuestro padre, y libertará a nuestros amigos con una condición: que yo renuncie a mi orgullo y consienta...
—Continúa —suplicó Alicia—: ¿Qué te pide, Cora?
—Quiere —añadió bajando la voz— que lo siga al desierto, que habite entre los hurones y que sea su mujer.
—¡No, no! ¡Es mejor que muramos juntas, como hemos vivido!
—¡Muere, entonces! —gritó el magua, y arrojó con toda fuerza su hacha que, cortando el aire frente al rostro de Heyward, y algunos rizos de Alicia, quedó clavada en el árbol, sobre su cabeza.
Duncan, fuera de sí, rompió las ligaduras que le sujetaban sus manos y se arrojó sobre otro salvaje que se preparaba a repetir el golpe, dando gritos y calculando la distancia de la víctima. Lucharon y juntos cayeron al suelo. El cuerpo desnudo del indio hacía difícil el combate para Heyward, de modo que pronto el indio puso una rodilla sobre el pecho y levantó el cuchillo para hundírselo en el corazón. Duncan veía la hoja del cuchillo centelleando en el aire, cuando algo pasó silbando junto a él, acompañado del estampido de un rifle. Sintió su pecho aliviado del peso que lo oprimía, mientras el hurón, convertida su expresión en la imagen del espanto, caía muerto sobre las hojas.

CAPÍTULO V
PELIGROSA TRAVESÍA HASTA EL FUERTE

Los hurones se quedaron estupefactos ante la inesperada muerte de uno de los suyos, un solo alarido salió de sus labios:
—¡Carabina Larga! —gritaron simultáneamente.
En efecto, Ojo de Halcón avanzaba contra ellos blandiendo su rifle. Al grito de los indios siguieron exclamaciones de sorpresa al reconocer a Ciervo Ágil y a Gran Serpiente, como los apodaban ellos.
Zorro Sutil fue el único que no se desconcertó tan fácilmente. Estimulando a sus subordinados con la voz y con el ejemplo, desenvainó su largo y filoso puñal y, dando el grito de guerra de su tribu, se arrojó sobre Chingachgook. Uncás contestó al grito de guerra y, lanzándose sobre su enemigo, le partió el cráneo con un golpe de hacha.
Como los combatientes eran iguales en número y armas, cada uno se trabó en lucha con un adversario. Ojo de Halcón no tardó en dejar a su enemigo tendido en el suelo. Heyward también triunfó del salvaje que lo acosaba. Gran Serpiente y Zorro Sutil se confundían entre la nube de polvo y de hojas que levantaban sus violentos movimientos hasta que el mohicano acertó con una puñalada a fondo, cayendo el magua de espaldas. Cuando el cazador se aprestaba a darle el golpe de gracia, el astuto hurón rodó y cayó por una ladera hasta unos arbustos, donde se puso en pie y desapareció a grandes saltos.
—Una acción digna de él. Es una alimaña falsa —dijo el cazador.

Mientras Uncás y Heyward liberaban a las hermanas y al músico, Ojo de Halcón y Chingachgook fueron a recoger y examinar el arsenal capturado a los hurones. El mohicano rescató su fusil y el de su hijo y se les repartieron armas a Duncan y a David, con sus respectivas municiones.
Cuando los hombres de los bosques terminaron la elección y la distribución de armas, el cazador anunció que era hora de partir antes de que Zorro Sutil, que había logrado escapar, fuera en busca de refuerzos para volver al ataque.
Las dos hermanas, ayudadas por Duncan y por el joven mohicano, bajaron la empinada cuesta que poco antes habían subido en condiciones diferentes. Ojo de Halcón abandonó el sendero que habían seguido los hurones, torció hacia la derecha y, entrando en una espesura, cruzó un arroyuelo y se detuvo en un pequeño valle a la sombra de unos álamos.
Heyward, al ver a los guías preocupados en preparar la merienda ayudó a las jóvenes a desmontar y se colocó junto a ellas a descansar. Pero la curiosidad lo inducía a averiguar las circunstancias que habían culminado con la llegada de sus salvadores.
—¿Cómo es que volvió tan pronto, y sin la ayuda de la guarnición del fuerte Edward? —preguntó a Ojo de Halcón.
—En vez de malgastar tiempo y oportunidades cruzando hacia el fuerte, nos apostamos debajo de la barranca del río Hudson, para observar los movimientos de los hurones.
—¿Entonces fueron testigos de todo lo ocurrido?
—De todo, no. Nos mantuvimos cerca y nos costó trabajo contener durante la emboscada a este muchacho mohicano. Cuando ustedes desembarcaron, nos vimos obligados a deslizarnos como serpientes debajo de las ramas, después nos perdimos de vista hasta que los vimos amarrados a los árboles, listos para ser víctimas de una matanza india.
Terminada la comida, Ojo de Halcón dio la señal de la partida. Cora y Alicia montaron sus caballos, Duncan y David levantaron sus rifles y se pusieron en marcha. El cazador adelante y los mohicanos a la retaguardia, se dirigieron por el camino que los llevaba al norte.

La ruta que había elegido Ojo de Halcón cruzaba las llanuras, valles y lomas que recorrieran la mañana de aquel día en que llevaban al magua por guía. Al cazador le bastaba una mirada al musgo de los árboles, o al sol, o a la dirección que
llevaban los arroyos, para determinar el camino y alejar las dificultades.
Ojo de Halcón se volvió repentinamente y exclamó:
—Nuestra noche será corta, porque cuando salga la luna tendremos que levantarnos y proseguir la marcha. Recuerdo haber combatido aquí con los maguas. Levantamos un refugio de troncos. Debemos estar cerca de él, hacia la izquierda.
Sin esperar respuesta, el cazador se internó en la densa espesura formada por encinas jóvenes. La memoria no le falló. Después de recorrer la tupida enramada se encontró con la ruinosa y solitaria construcción cayéndose en medio del bosque. Era rústica. El techo de corteza se había caído, mezclándose con el suelo; pero los grandes troncos de pino que servían de paredes se mantenían aún en el mismo lugar en que habían sido colocados.
—¿No habría sido mejor elegir para descansar un lugar menos conocido? —preguntó Heyward al cazador.
—Son pocos los hombres vivos que saben de este lugar —dijo el cazador—. Yo
proyecté y construí en parte este edificio. Los delawares nos ayudaron a construirlo, y peleamos bien, diez contra veinte que eran los mohawks. No quedó ninguno de ellos para enterar a los de su tribu de la suerte de los guerreros caídos aquí. De todos los que contribuimos a su fin, sólo Chingachgook y yo vivimos. Los hermanos y la familia del mohicano formaban nuestro grupo. Aquí están los dos únicos que quedan de su raza.

—Bueno, basta por hoy. Creo que hemos andado mucho, y pocos tienen la suerte de ser tan robustos e infatigables como ustedes —repuso Heyward.
—Está bien —contestó el cazador—. Uncás, limpia el manantial, mientras tu padre y yo les preparamos un techo de ramas y un lecho de hojas.
Pronto quedó limpio de hojas el manantial y dejó ver su agua cristalina. Un rincón del fuerte lo cubrieron de manera que no dejara pasar el abundante rocío de aquella estación; debajo se amontonó gran cantidad de hojas de aromáticas hierbas que sirvieron de lecho.
Las dos hermanas entraron al fuerte, luego de haber tomado algún alimento, y no tardaron en conciliar el sueño. Chingachgook quedó como centinela. El cazador, Uncás y David se tendieron en el suelo y pronto se encontraron durmiendo. El oficial fingió dormir, recostado sobre unos troncos, pero firmemente resuelto a no cerrar los ojos antes de haber entregado sus hijas a Munro. Mas, después de todo, lo venció el sueño y sólo se despertó al sentir que alguien le tocaba un hombro. Era Chingachgook.
—Mayor —dijo el indio, señalando la luna—. Ya debemos partir, aún estamos lejos del fuerte de los blancos.
—Es verdad. Llama a tus compañeros y ensilla los caballos mientras yo preparo para la marcha a mis amigas.
Una exclamación de Chingachgook y la actitud alerta adoptada por su hijo, paralizaron a Duncan.
—¡Los mohicanos oyen al enemigo! —murmuró Ojo de Halcón, que estaba despierto—.
¡Olfatean en el viento cualquier peligro! Aquel hurón que se escapó debe haber encontrado algunos hombres de Montcalm y nos han seguido. Uncás —llamó el cazador—, trae los caballos y ponlos en el interior del fortín; y ustedes, amigos entren también a protegerse.
Todos obedecieron de inmediato.
Pronto se escuchó el ruido de pasos que se acercaban. No tardaron en sonar voces que hablaban en el dialecto de los hurones. A juzgar por las voces, eran unos veinte hombres. Duncan tomó con firmeza su rifle y miró por la pequeña abertura.
—Allí vienen —murmuró Heyward—. Hagamos fuego cuando se acerquen.
—De ninguna manera —dijo el cazador—. El ruido de la carga o el olor a azufre bastarían para atraer a esos salvajes.
En ese instante, la espesura se abrió y dio paso a un alto hurón armado que avanzó algunos pasos. Miró al solitario edificio y a la luz de la luna se vio su rostro crispado por la sorpresa y curiosidad. Lanzó una exclamación y luego llamó en voz baja a un compañero que acudió al instante.
Permanecieron durante un momento señalando al fortín y hablando en su dialecto incomprensible. Se acercaron con pasos lentos y cautelosos. Uno de los indios apoyó un pie sobre el fúnebre montículo y se detuvo a examinar qué era aquello.
Pero al descubrir lo que era, la atención de los hurones tomó otra dirección.
Después retrocedieron con cautela, fijando sus miradas en la ruina, como si esperaran ver surgir de entre las paredes las sombras de sus muertos. Por fin llegados al límite del espacio libre, se internaron en la selva y desaparecieron.
Ojo de Halcón dejó caer al suelo la culata de su rifle, respiró libremente y murmuro:
—¡Ah! respetan a los muertos, y esta vez han salvado sus propias vidas y quizá las de los otros que valen más que ellos.
Tan pronto como fue posible, todos salieron en dirección opuesta a la de los hurones.

El cazador volvió a ocupar su puesto de avanzada, aunque sus pasos eran ahora más cautelosos. Más de una vez hizo alto para consultar a los mohicanos, señalando hacia la luna y examinando, con el tacto, la corteza de los árboles.

El silencio envolvía la selva, salvo el distante y casi imperceptible rumor de algún arroyo. El murmullo del agua sacó a los guías de su indecisión y se dirigieron hasta ella.
Cuando llegaron a orillas del arroyo, Ojo de Halcón y los mohicanos se quitaron los mocasines; invitaron a Duncan y a David a seguir su ejemplo; después entraron en el agua y durante más o menos una hora caminaron por el lecho del río, sin dejar huellas. Luego dejaron el riacho y siguieron el camino de la llanura. El sendero comenzó a ser desigual y los viajeros vieron que las montañas parecían aproximárseles por ambos lados.
El cazador hizo un alto y dijo que la mayor dificultad estaba en encontrar la ruta para acercarse al fuerte. De súbito exclamó:
—¡Silencio! ¿No ven algo que camina a la orilla de la laguna?
—Cielos. ¡Es un hombre! ¡Y se acerca! Preparen las armas —dijo Duncan.
—¿Quién vive? —preguntó en francés una voz fuerte.
—¡Francia! —exclamó Heyward—. Vengo de hacer un reconocimiento.
—¿Eres un oficial del rey?
—Lo soy. Vienen conmigo las hijas del comandante del fuerte, a quienes he hecho prisioneras, y las llevo al general.
—¡Dios mío! —exclamó el joven soldado—. Ésta es la suerte de la guerra. Pero nuestro general es un caballero muy cortés con las damas.
—¡Buenas noches, camarada! —dijo Heyward y se alejaron lentamente, dejando al centinela que siguiera su paseo.
—Ha sido muy bueno que usted conociera el francés —dijo el cazador—. Hizo bien en hablar amistosamente con el centinela...
En ese instante el cazador fue interrumpido por un largo gemido que partía de la laguna como si, en efecto, las almas de los muertos rondaran en torno de su líquida tumba. Luego se oyó un ruido semejante a un cuerpo pesado que cae al agua, y volvió a reinar el silencio como si nada hubiera ocurrido. Heyward notó la ausencia de Chingachgook. Pero antes de que los viajeros alcanzaran a reaccionar, el mohicano salió de entre la espesura y se reunió a ellos, llevando en una mano el ensangrentado cuero cabelludo del desgraciado francés; y con la otra envainando su cuchillo y colgando su hacha ensangrentada, tomó su puesto acostumbrado y prosiguió la marcha tan satisfecho como quien acaba de realizar una obra meritoria.
—Hubiera sido una acción cruel e inhumana en un hombre blanco, pero está en la naturaleza del indio.
—¡Basta! —exclamó Heyward—. Creo que estamos en la línea enemiga. ¿Qué proponen que hagamos?
—Los franceses rodean seriamente el fuerte y tenemos que ser hábiles para pasar por entre ellos. Tenemos una posibilidad, y es salir de la línea de los centinelas y, doblando hacia el oeste, entrar en las montañas, donde estaremos tan ocultos que nadie nos encontrará en meses.
—Entonces hagámoslo de inmediato — respondió Duncan.
No fue necesario hablar más. Ojo de Halcón dio la breve orden y volvió sobre sus pasos para salir de la crítica y peligrosa situación en que se encontraban. El camino era muy penoso e interrumpido por peñascos, zanjas y barrancos, de modo que avanzaban muy lentamente.
Después de algunas horas llegaron a una meseta rocosa, cubierta de musgo. Desde allí vieron el amanecer, admirando las rosadas nubes de la aurora por encima de los pinos que coronaban una alta colina situada al lado opuesto del valle Horican. El cazador hizo desmontar a Cora y Alicia, y los animales fueron soltados para que se alimentaran con los ralos pastos de aquella altura.
La colina era un cono avanzado de la línea de las sierras y tendría unos mil pies de altura. Desde allí la serranía se extendía muchas millas hasta perderse en dirección al Canadá. Directamente

sobre la costa del lago, hacia el oeste, estaban las extensas fortificaciones de tierra y las chatas construcciones del fuerte William Henry, defendidas por un profundo foso y anchos pantanos. Delante del fuerte se paseaban los centinelas, celosos y atentos guardianes de la fortaleza, sitiada por numerosos enemigos.

—Ya amanece allá abajo —dijo el cazador, preocupado—. Hemos llegado demasiado tarde. Montcalm ha llenado los bosques con esos malditos iroqueses.

—Veo que la fortaleza está sitiada —replicó Duncan—. Y la cañonean.

—¡Miren! —exclamó Ojo de Halcón, sin reparar que señalaba a Cora la casa de su padre—. Ese tiro ha hecho saltar las piedras de un costado de la casa del
comandante.

—Heyward, me enferma ver a mi padre en un peligro que no puedo compartir —dijo la intrépida hija de Munro.

—Sería difícil que llegara hasta la tienda del francés conservando su cabellera —dijo el cazador—. Pronto va a cesar el cañoneo, porque viene la niebla que oscurecerá el día; eso hará que la flecha del indio sea más peligrosa que esos cañones fundidos Ahora, si se atreven a seguirme, yo avanzaré como pueda. Quiero bajar al campamento, aunque sólo sea para dispersar a algunos perros mingos.

Luego el cazador hizo una seña para que lo siguieran, y empezó a bajar la montaña ágilmente pero con gran cuidado. El camino los llevó casi en frente de las puertas llamadas "surtidas". Los mohicanos aprovecharon este momento para adelantarse hacia la barrera del bosque y observar lo que pasaba afuera, y el cazador fue tras ellos. Pero poco después regresó. Traía el rostro enrojecido por la ira.

—El astuto francés ha situado, precisamente en nuestro camino, a un piquete de pieles rojas y hombres blancos. ¿Cómo sabremos durante la niebla si pasamos por su lado o por el centro?

En ese momento una bala de cañón cruzó por los bosques, chocó contra el tronco de un árbol y rebotó en el suelo sin fuerza. Los indios siguieron inmediatamente a este terrible mensajero, y Uncás se puso a hablar en lengua delaware, haciendo muchos gestos.

—Uncás dice —explicó el cazador— que la bala que ha visto ha marcado en muchas partes el suelo, al venir de la batería del fuerte hasta aquí, y que a falta de otro indicio podríamos seguir su rastro. Pongámonos en marcha de inmediato siguiendo su surco.

Habían recorrido la mitad de la distancia, cuando Heyward oyó que una voz imperiosa decía:

— ¿Quién vive?

— ¡Amigo de Francia!

— ¡Más pareces enemigo de Francia! ¡Detente, o disparo!

La orden no fue inmediatamente obedecida y la niebla fue surcada por los tiros de muchos mosquetes. Por fortuna, la puntería era pésima y las balas cruzaron el aire en dirección equivocada. Los franceses gritaron fuerte, y Heyward oyó otra vez la orden de hacer fuego. El oficial explicó al cazador lo que acababan de decir en francés.

—Hagamos fuego nosotros —dijo el cazador—. Creerán que se trata de una salida de los sitiados, y cederán el terreno o aguardarán refuerzos.

El plan era bueno, pero fracasó. En cuanto los franceses oyeron el tiroteo, pareció que del suelo brotaban hombres, y el fuego de fusilería formó una línea que partía de la costa del lago y se prolongaba hasta el remoto límite del bosque.

En ese instante Uncás se dejó caer sobre el surco abierto por la bala de cañón.

El cazador se inclinó para examinarla y se puso en marcha de nuevo con gran rapidez. Luego se oyeron voces de mando, desde lo alto del fuerte:

—¡A sus puestos, soldados! Esperen que se vean los enemigos y entonces tiren bajo y barran la explanada.

—¡Padre! ¡Padre! —gritó una voz aguda, que salía de la niebla—. ¡Soy yo, Alicia! ¡Tu Alicia! ¡Salva a tus hijas!
—¡Deténganse! —gritó la voz que daba órdenes—. ¡Es ella! ¡Dios me devuelve a mis hijas! ¡Abran la surtida! ¡Cúbranlos!
Rechinaron los goznes enmohecidos del portón, y Duncan vio una larga fila de soldados con uniformes rojos, que caminaban hacia la explanada. Reconoció entonces su batallón: dio al músico el brazo de Alicia y se puso al frente. Y antes de que tuvieran tiempo de cambiar algunas palabras o hacer algún comentario, un alto jefe de imponente estatura, de aspecto marcial y de cabellos grises, salió de entre la niebla y estrechó a las dos jóvenes contra su pecho mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

CAPÍTULO VI
LA ENTREGA DE LA FORTALEZA

Pasaron algunos días entre las privaciones, el tumulto y los peligros de una plaza sitiada. Munro carecía de medios suficientes de resistencia. Webb, con su ejército ocioso a orillas del Hudson, parecía haber olvidado por completo la situación crítica en que se encontraban sus compatriotas. El francés Montcalm había llenado los bosques con sus indios, cuyos alaridos y gritos de guerra resonaban en el campamento británico.
Al quinto día de sitio, el mayor Heyward, del 60, salió a uno de los baluartes para respirar el aire fresco del lago.
Las montañas lucían verdes, frescas, hermosas y ligeramente veladas por una tenue neblina. Ondeaban al viento dos pequeñas banderas blancas. Una, en el ángulo del fuerte más próximo al lago; otra, sobre una batería avanzada del campamento de Montcalm, emblema de la momentánea suspensión de hostilidades.
Duncan vio llegar a Ojo de Halcón custodiado por un oficial francés. El cazador se veía cansado y preocupado. Humillado por haber caído en poder de sus enemigos. El joven oficial se apresuró a reunirse con ellos. Algunos instantes más tarde estaba delante del comandante Munro, quien recorría a grandes pasos el angosto recinto con una expresión de inquietud y preocupación.
—Lo esperaba. Se anticipó a mis deseos, mayor Heyward —dijo Munro—. Iba a pedirle un favor. Montcalm ha hecho prisionero a su amigo Ojo de Halcón y me lo ha enviado con el triste mensaje de que "sabiendo cuánto estimo a ese individuo no podría pensar en retenerlo". Un modo hipócrita de hacer sentir sus desgracias a quien está en situación difícil.
—Las murallas se derrumban sobre nosotros y comienzan a escasear las provisiones —dijo Heyward —. La tropa está dando señales de descontento y de alarma.
—Lo sé —contestó Munro—. Pero mientras haya una esperanza de socorro, defenderé la fortaleza aunque sea con los pedregullos de la costa del lago. El marqués de Montcalm me ha invitado a celebrar una entrevista entre nuestras trincheras y su campamento con el objetivo de darme un informe complementario. Ahora bien; no creo que convenga mostrar un indebido deseo de verlo, así es que irás tú en mi reemplazo.
Duncan se prestó de buena gana a reemplazar al veterano en la entrevista. Con redobles de tambor y bajo los pliegues de un bandera blanca, salió Heyward por la surtida diez minutos después de

haber recibido sus últimas instrucciones. Fue recibido por el oficial francés que salió a su encuentro con las formalidades usuales de esta situación, siendo conducido a la tienda del general enemigo.
Éste estaba rodeado de sus oficiales y de los jefes de las diferentes tribus de indios que lo habían acompañado en esta guerra.
Duncan reconoció, entre ellos, el rostro maligno del magua Zorro Sutil, se volvió entonces hacia Montcalm, quien se encontraba en la flor de la vida y era atento y afable. Se distinguía tanto por la amable corrección de sus modales como por su valor. Tomando al oficial del brazo, lo condujo hasta el extremo de la tienda de campaña, donde podían hablar sin que los oyeran, luego de que Heyward le dijera que hablaba un poco de francés y de informarle la razón de que no hubiera venido el comandante Munro.
—No creo que puedan resistir más tiempo nuestros ataques —dijo Montcalm—. Sabemos que las hijas del comandante entraron en el fuerte después del sitio. La verdad es que sentiría que la prolongación de la defensa llegara a exasperar a mis amigos indios. Incluso ahora me es difícil conseguir que se respeten las leyes de la guerra de naciones civilizadas. ¡Y bien, señor! ¿Tratemos las condiciones de la rendición? —terminó Montcalm.
—Temo que su excelencia esté equivocado con respecto a la fuerza del William Henry y los recursos de su guarnición.
— No me demoré frente a Quebec, fortaleza de tierra defendida por dos mil trescientos hombres. Somos cerca de veinte mil, y la ayuda que podría proporcionar el general Webb no pasa de ocho mil hombres. Pero sé que el general Webb cree más prudente guardarlos que traerlos a campaña.
Se separaron y Duncan volvió al puesto avanzado de los franceses, acompañado como antes. De allí, se encaminó directamente al fuerte.
Ya en éste, cuando Heyward entró en la habitación de Munro, éste se encontraba con sus hijas. Alicia estaba sentada sobre sus rodillas. Cora, cerca de ellos, los miraba y sonreía. Alicia, apenas vio al mayor se incorporó sonrojándose y exclamó:
—¡Mayor Heyward!
—¿Qué ha sucedido? —preguntó ansioso Munro—. Muchachas, déjennos solos.
Entonces el mayor informó detalladamente a Munro sobre la entrevista que había sostenido con Montcalm.
—¡Al diablo, el francés y su ejército! —exclamó el veterano—. Aún no es dueño del William Henry, ni lo será nunca con tal de que Webb cumpla como hombre con su deber.
Heyward comprendió que su jefe sentía desprecio por el mensaje de Montcalm. El joven oficial, sabiendo que ese estado de ánimo no duraría, le dijo con toda serenidad:
—¿Recuerda que le pedí tener el honor de ser su yerno?
—Sí, muchacho. ¿Pero, has hablado claramente con ella?
—No, señor —dijo el joven—. Creí pertinente hablar con usted primero.
—Su criterio es el de un caballero, mayor Heyward, pero Cora Munro es una dama demasiado discreta y de espíritu demasiado noble para necesitar mi tutela.—¡Cora!
—Sí, Cora. ¿No hablamos de sus pretensiones a la mano de mi hija mayor?
—Yo..., yo..., no creo haberla nombrado —tartamudeó Duncan.
—¿Para casarse con quien, entonces, pedía mi consentimiento?
—Tiene otra hija igualmente encantadora, señor
—¡Alicia! —exclamó Munro.
—Alicia. Era a ella a quien yo me refería, señor.—Heyward, mi familia es antigua y respetada, pero no poseía las riquezas correspondientes a su rango. Di palabra de casamiento a Alicia Graham, hija de un vecino mío, pero su padre me rechazó. Le devolví su palabra a Alicia, entré al servicio del rey y abandoné el país. Había recorrido muchos países antes de que el deber me llamara a las

Indias Occidentales. Aquí conocí a la que luego fue mi esposa y me hizo padre de Cora. Mi esposa era la hija de un caballero de estas islas, pero su madre tenía la desgracia de descender, aunque en grado lejano, de una familia de esclavos. Cuando la muerte me privó de mi esposa, regresé a Escocia. Enriquecido con este casamiento, encontré otra vez a Alicia Graham. No se había casado, a pesar de los veinte años que no nos veíamos. Me perdonó el pasado, nos casamos y luego nació la pequeña Alicia. El nacimiento de mi hija le dio, por desgracia, la muerte —se detuvo y agregó—: Vivió conmigo un año. Nuestra felicidad duró muy poco.

Munro dio algunos pasos por la estancia y se acercó otra vez al mayor.

—Veré al francés, y sin miedo ni demora. Con buena voluntad, como corresponde a un servidor del rey. Mayor, envíe un mensajero anunciándome.

Luego de recibir esta orden, el joven abandonó la sala. Anochecía. Se apresuró a tomar las medidas necesarias; en pocos minutos se despachó a un ordenanza con bandera blanca, para anunciar que se aproximaba el comandante del fuerte.

A pocos metros del fuerte y del campamento se encontraron los dos jefes enemigos.

—He solicitado esta entrevista para hacerle ver que todo intento de lucha será un suicidio de su parte. ¿Desearía el señor visitar mi campamento y ver por sí mismo cuántos somos y la imposibilidad de resistir con éxito por más tiempo?

—comenzó diciendo Montcalm.

—Yo sé que el rey de Francia está muy bien servido —replicó el escocés, tan pronto como Duncan hubo traducido—. Pero mi señor rey tiene tropas igualmente numerosas y fieles.

—Pero no están a mano, afortunadamente para nosotros —dijo Montcalm, sin esperar la traducción del intérprete.

Munro preguntó si sus catalejos habían visto el río Hudson y presenciado los preparativos de marcha de Webb.

—Que el general Webb sea su propio intérprete —dijo Montcalm, tendiendo hacia Munro una carta abierta—. Allí verá, señor, que no es probable que ese ejército moleste al mío.

El veterano tomó el papel y a medida que sus ojos recorrían rápidamente las palabras, en su rostro, una profunda pena reemplazó a la expresión de altivez.

El papel se deslizó de entre sus dedos, y bajó la cabeza como quien acaba de recibir un golpe que disipa toda esperanza.

Duncan levantó la carta, y sin pedir permiso leyó de una ojeada el cruel contenido; el general Webb lejos de estimularlos a resistir, aconsejaba que se rindieran y aducía que le era imposible mandar un solo hombre.

—¡Ese hombre me ha traicionado! —dijo Munro.

—¡No diga eso! —replicó Duncan—. Aún somos dueños de la fortaleza y de nuestro honor.

—Es imposible retener el fuerte —dijo el generoso enemigo—. Para los intereses de mi rey, es necesario que sea destruido; en cuanto a ustedes y a sus valientes compañeros, no les será negado ningún privilegio de los que aprecian los buenos soldados. Sus banderas pueden conservar las armas, todo será efectuado de la manera más honrosa para ustedes.

Duncan se volvió para comunicar estas condiciones a su jefe. Éste las oyó con asombro, y dijo:

—Duncan, vaya con el marqués Montcalm a su tienda, y arréglelo todo. He vivido para ver en mi vejez lo que nunca esperé ver: un inglés temeroso de apoyar a un amigo, y un francés demasiado honrado para aprovecharse de una ventaja.

Dichas estas palabras, Munro regresó al fuerte mostrando a la ansiosa guarnición que traía malas noticias. Luego se hizo pública la suspensión de hostilidades.

El fuerte debía ser entregado al amanecer, la guarnición conservaría sus armas, sus banderas y su equipo y, por consiguiente, según el concepto militar, conservaba también su honor.

CAPÍTULO VII
EL PADRE TRAS LA HUELLA DE LAS HIJAS RAPTADAS

La noche del nueve de agosto de 1757 transcurrió tranquila, tanto para los vencidos como para los vencedores. Mientras los primeros estaban silenciosos, taciturnos y abatidos, los segundos se mostraban jubilosos.

Amanecía cuando se levantó la lona que cubría la entrada de una espaciosa tienda en el campamento francés y un hombre salió al aire libre, envuelto en su capa.

Pasó junto al guardia que protegía la tienda del comandante francés sin ninguna dificultad y hasta recibió el saludo militar. Caminó rápidamente entre la multitud de tiendas y se encaminó hacia el William Henry.

A cada paso se le exigía el santo y seña por los guardias: salvo repetidas y breves interrupciones, había avanzado desde el centro del campamento hasta los puestos más avanzados. Protegido por una luna opaca, se colocó contra el tronco de un árbol, y allí permaneció observando minuciosamente los detalles de la fortaleza.

Esperaba con impaciencia la llegada del día. Estaba a punto de devolverse cuando se detuvo al oír un leve ruido que provenía de una de las esquinas del fuerte.

El hombre que apareció en ese instante se detuvo al borde del terraplén. También esperaba la llegada del nuevo día.

Su silueta fue reconocida por el solitario francés de la capa. Éste comenzó a retirarse prudentemente rodeando el árbol; pero otro ruido vino a turbar la calma desde el río. A pocos metros una nueva silueta apareció ante los ojos del francés. La silueta apuntaba su rifle hacia el observador del terraplén del fuerte. Rápidamente el francés evitó el disparo y agarró fuertemente al indio por el hombro. Abriendo su capa para dejar ver su uniforme, Montcalm preguntó en tono severo:

—¿No sabe que ha sido enterrada el hacha de guerra entre los ingleses y su padre canadiense?

—¡Qué pueden hacer los hurones! —replicó el indio—. ¡Ni un solo guerrero ha ganado una cabellera y caras pálidas se hacen amigos!

— ¡Ah! ¡Es Zorro Sutil! —dijo el general francés, y agregó—: Bien sé que Zorro Sutil tiene poder entre su gente y es escuchado.

—El magua trajo el hacha para teñirla con sangre. Ahora está brillante; será enterrada cuando esté roja —replicó Zorro Sutil.

Zorro Sutil le mostró ahora una profunda cicatriz que tenía en el pecho, y unas feas marcas sobre su espalda.

—Y eso, ¿qué es? —preguntó Montcalm, tocándole la espalda.

—El magua se durmió en cama de ingleses y ellos han pegado.

Sin hablar más, el indio tomó su arma y entró al campamento. Montcalm se encaminó a su tienda y dio la orden de que se tocara diana para despertar al ejército.

Las filas francesas estuvieron prontas para recibir a su general, el piquete de la guardia avanzó hacia las puertas del fuerte para rendir honores al jefe y para efectuar el cambio de dominio.

Munro, firme y triste, apareció entre sus tropas silenciosas. El golpe asestado por el enemigo lo había herido profundamente y trataba de sobreponerse a su desgracia.

Duncan, impresionado, acudió a prestar toda su ayuda.

—Mis hijas —fue la breve respuesta.
—¡Cielos! ¿No se ha tomado ninguna medida de seguridad? —dijo Heyward, mientras corría en dirección a las habitaciones de Munro.
Cora estaba pálida y ansiosa, pero conservaba su habitual firmeza. Alicia mostraba sus ojos enrojecidos de tanto llorar.
Duncan oyó el sonido de una flauta en la habitación cercana. Allí encontró a David, a quien pidió que cuidara a las jóvenes.
—Será su deber impedir que alguien se acerque a ellas. También le ayudarán los sirvientes de la casa. Puede que en el camino encuentre algunas partidas de indios o franceses. Si tiene problemas, amenácelos con denunciarlos a Montcalm.
Eso bastará.
La intención de Heyward era marchar con el ejército hasta pasadas algunas millas del Hudson y luego volvería por ellas.
Una gran cantidad de personal civil, mujeres y niños salió en compañía de las jóvenes Munro, dejando el fuerte. Grandes columnas de soldados franceses aguardaban afuera, silenciosos y expresando respeto hacia los vencidos, que marchaban en número superior a los tres mil por el llano. Durante su marcha por la travesía hacia el Hudson, al borde de la selva se observaba gran cantidad de indios que se contenían de atacar solamente por ser inferiores a los soldados ingleses en cuanto a número.
La vanguardia había llegado a un desfiladero y poco a poco desaparecía entre los árboles. En ese momento se desencadenaron los acontecimientos.
Una turba de unos cien indios aprovechando una confusión de un soldado que quería desertar, aparecieron en escena. Cora reconoció en uno de ellos a Zorro Sutil, que con su elocuencia arengaba a los hurones.
Otro indio, excitado por los colores de un chal de una mujer, intentó robárselo y ella, más por miedo que por su prenda, inconscientemente envolvió a su hijo en ella, por lo cual el salvaje arrancándolo de sus brazos, lo arrojó violentamente dándole muerte inmediata entre las piedras del camino. A continuación dio muerte a la madre de un feroz hachazo. Zorro Sutil se puso ambas manos en la boca y lanzó un terrible grito de guerra, que fue repetido por todos los indios dispersos. De inmediato resonó en la selva y en la llanura un alarido tal, como pocas veces ha salido de labios humanos.
Rápidamente salieron del bosque más de dos mil indios, que se arrojaron furiosos sobre la retaguardia del ejército inglés. Toda resistencia era inútil. La sangre corría a torrentes. Los cuerpos de tropa entraron rápidamente en formación para impresionar al enemigo salvaje, pero los soldados llevaban descargadas sus armas debido a la rendición incondicional.
Alicia reconoció, entonces, a su padre que cruzaba el llano hacia el campo de Montcalm para exigirle una escolta armada. Los indios, aunque hacían amagos de atacar a Munro, no lo hicieron y salió sin un rasguño. Alicia lo llamó varias veces gritándole, pero en vano, nunca la escuchó, luego cayó desmayada.
—Señora —decía Gamut, quien estaba aún con ellas —debemos huir.
—Sálvese usted —le contestó Cora—. Ya no hay nada que hacer.
Los indios bailaban sus ritos en torno a ellos. David Gamut recurriendo a todo, comenzó a cantar muy alto. Esto y su estatura lograron impresionar a más de algún indio que refrenó sus ímpetus asesinos ante las jóvenes.
Zorro Sutil al ver a su merced a sus antiguos prisioneros, lanzó un grito de alegría.
—Ven —dijo, tomando con sus manos ensangrentadas el vestido de Cora.
—¡Atrás! —gritó Cora, cubriendo su cara con las manos.

—Es sangre, pero sangre de blancos.
—¡Monstruo! Es tu odio el que ha promovido esta matanza.
El magua titubeó durante un instante, después arrebató el cuerpo inerte de Alicia y, llevándola en sus brazos, cruzó rápidamente el llano en dirección a la selva.
—¡Detente! —gritó Cora, despavorida, echando a correr detrás del magua— ¡Suelta a esa niña, miserable!
El hurón se internó en la selva por un pequeño barranco, donde estaban los dos caballos que los viajeros habían abandonado días antes y que él había dejado al cuidado de uno de su tribu. Colocando a Alicia sobre uno de los caballos, indicó a Cora que montara el otro. Obedeció la orden del indio y tendió los brazos hacia su hermana con tal expresión de súplica y de cariño, que ni el más fiero hurón pudo rehusar. Puso a Alicia sobre el caballo que montaba Cora, asió las riendas y se internó en el bosque.
David subió al otro caballo y se fue tras las dos hermanas. Al llegar a la meseta de la montaña, el magua hizo que las hermanas se desmontaran, y a pesar de su triste situación, contemplaron lo que ocurría en el llano. Los hurones perseguían a sus víctimas y el ejército francés, aunque armado, permanecía en una apatía inexplicable. Los lamentos de los heridos y los gritos de los asesinos fueron menos frecuentes; dejaron de oírse los alaridos de espanto, dominados por los sonoros y penetrantes gritos de guerra de los salvajes.

Como una hora antes de la puesta del sol del mismo día, cinco hombres salían del desfiladero que conducía por entre la selva a las orillas del Hudson, dirigiéndose hacia las ruinas de la fortaleza.
Uncás, a la cabeza, echaba furtivas miradas a los cadáveres mutilados esparcidos sobre el llano. De pronto, el joven lanzó un grito que atrajo inmediatamente a su padre, al cazador, a Heyward y a Munro. Habían llegado al sitio de la matanza. Munreoy Duncan buscaron con cariñoso afán entre los cadáveres, pero no encontraron ni a Cora ni a Alicia, lo cual les hizo sentir un gran alivio.
—Si alguno de esos franceses que permitieren esta matanza se pone ante mí, no verá nunca más la luz del día. ¿Qué dices tú, Chingachgook? —añadió el cazador—: ¿Se jactarán de esto les hurones ante sus mujeres cuando vengan los tiempos de nieve?
Un relámpago de cólera pasó por el semblante del jefe mohicano; aflojó su puñal en la vaina y después desvió los ojos mirando al espacio; había recobrado la calma que lo hacía parecer inaccesible a ninguna pasión.
En ese instante, Uncás saltó como un gamo y echó a correr entre los árboles y pronto se vio que arrancaba de entre la enramada un fragmento del velo de Cora y que lo agitaba en señal de triunfo.
—¡Hija mía! —exclamó Munro—. ¿Quién me las devolverá?
—Uncás lo intentará —fue la conmovedora respuesta del indio.
Chingachgook, que se ocupaba en ese momento en examinar la maleza, señaló al suelo con el aire de repulsión con que miraría a una serpiente:
—Aquí está palpable la marca de un pie de hombre —dijo Heyward, inclinándose sobre el punto indicado.
—Encontraremos las tiendas de esos salvajes antes de un mes —replicó el cazador—. Uncás, trata de reconocer los mocasines; porque son mocasines y no zapatos.
El joven indio se inclinó, apartó unas hojas y examinó con atención la huella y luego dijo:
—Es de Zorro Sutil.
—¡Un mocasín se parece tanto a otro! Es posible que haya alguna equivocación —repuso Duncan.
—No cabe duda; por aquí han pasado el magua y la señora de cabellos oscuros.
—¿Y Alicia, no? — preguntó Heyward.

—Aún no hemos visto señales del pase de ella —repuso el cazador—. ¿Qué es eso que está en el suelo? Uncás, ve por ello.
El indio obedeció, y el cazador levantó el objeto en alto, diciendo en seguida:
—¡Es el arma sonora del cantor! Ahora tenemos una pista.
—Creo que Cora, Alicia y el músico han sido capturados por Zorro Sutil —dijo Heyward.
Más tarde Heyward reconoció una joya que Alicia usaba y la hizo desaparecer tan hábil y rápidamente que el cazador, asombrado, la buscaba en vano mirando al suelo. Estaba oculta sobre el corazón agitado de Duncan.
—Debemos regresar. Encenderemos fuego en las ruinas del fuerte, y mañana, al amanecer, estaremos descansados para reanudar la búsqueda.
Heyward comprendió que sería inútil discutir y siguió al cazador y a los mohicanos.

Las sombras de la noche hacían aún más lúgubre las ruinas del William Henry. El cazador y sus compañeros hicieron, sin perder tiempo, los preparativos para pasar allí la noche. Contra la pared, había unas ennegrecidas vigas; Uncás las cubrió con ramas y debieron contentarse con aquel precario techo. Heyward insistió para que Munro se recostara, dejando al anciano solo con su dolor.
Mientras Ojo de Halcón y los mohicanos encendían fuego y consumían su frugal cena de carne seca de oso, Duncan recorrió las ruinas del fuerte semiderruido que miraba hacia el Horican. El viento había cesado. De pronto el oficial creyó escuchar unos pasos rápidos y al no poder dominar por más tiempo su inquietud, llamó al cazador. Ojo de Halcón empuñó su rifle y acudió sin apuro.
—¡Escuche! —le dijo Duncan—. En el llano hay sonidos que prueban que Montcalm aún no ha abandonado su conquista.
Ojo de Halcón movió lentamente la cabeza y le indicó al oficial que le siguiera adonde no llegaba el resplandor del fuego y se colocó en actitud de asecho.
Luego de unos minutos le dijo al mayor que era preciso llamar a Uncás.
—El muchacho tiene sentidos indios, y puede oír lo que no oímos nosotros.
Ojo de Halcón habló en delaware con el joven indio y le explicó en pocas palabras lo que quería.
Uncás desapareció rápidamente. Momentos más tarde se escuchó un estampido de rifle. El aire se llenó de chispas en torno del sitio que Heyward seguía mirando con admiración y asombro. Una segunda mirada, lo hizo darse cuenta de que Chingachgook había desaparecido. Siguió luego un profundo silencio y después se oyó un chapoteo en el lago, al que siguió otro disparo.
—¡Ése es Uncás! —dijo el cazador—. El muchacho lleva un arma excelente. Conozco tan bien su estampido, pues yo usé ese rifle hasta que me conseguí otro mejor.
El viejo mohicano volvió a sentarse y se puso a examinar el tizón que había recibido la bala destinada a él. En ese momento aparecía Uncás. Tomó asiento frente al fuego, indiferente como su padre. Heyward, asombrado, observaba esto con vivo interés. Dedujo que estos indios empleaban un sistema secreto de comunicación entre sí que él no había notado, a pesar de su vigilancia. El joven oficial le preguntó qué había sido del enemigo, el joven mohicano se levantó una punta de su vestido y mostró la fatal cabellera. Chingachgook la tomó y la examinó con detención. Después la dejó caer con repulsión, diciendo:
—¡Oneida!
—¡Oneida! —exclamó el cazador—. Si los oneidas nos siguen mientras nosotros perseguimos a los hurones, nos encontraremos flanqueados por los diablos.
La confusión de naciones indias, y aun de tribus era muy grande en ese tiempo.
Se había disuelto el gran vínculo del idioma y procedencia que los unía, y a causa de esta desunión los delawares y los mingos, nombre genérico que se daba a las naciones aliadas, combatían en las mismas filas, aunque eran enemigos entre sí.

Heyward, que los observaba desde lejos, dedujo que los dos indios discutían con el cazador. La disputa fue acalorándose gradualmente, hasta que los participantes perdieron algo de su calma habitual. Por los gestos expresivos pudo deducir que padre e hijo defendían una misma opinión y el cazador otra diferente.
La frecuente repetición de signos con que los dos indios explicaban las diferentes huellas que es posible hallar en el bosque probaba que insistían en que la persecución se hiciera por tierra, y el brazo de Ojo de Halcón, dirigido con frecuencia hacia el Horican, revelaba que su opinión era la de que se viajara por agua.
Parecía que estaba dispuesto a ceder, cuando súbitamente gesticuló de tal manera que impresionó a los mohicanos. Éstos finalmente se convencieron, y cuando todo estuvo resuelto, el cazador se tendió tranquilamente delante del fuego y no tardó en dormirse. Lo mismo hicieron más tarde, luego de conversar, padre e hijo.
Heyward, tranquilizado por la actitud de estos experimentados moradores del desierto, siguió su ejemplo. Mucho antes de que la noche avanzara hacia el amanecer, los refugiados dormían profundamente entre las ruinas.

CAPÍTULO VIII
LA PISTA SE CLARIFICA CON EL CANTO

Aún brillaban las estrellas cuando Ojo de Halcón los despertó a todos. Partieron con precaución sin detener la marcha hasta que se encontraron en las orillas del Horican.
El cazador hizo que Uncás empujara la canoa más cerca de la playa, evitando tocar tierra para que los salvajes no descubrieran por dónde se habían embarcado. El joven indio siguió con exactitud las instrucciones del cazador, y pronto todos se embarcaron.
La canoa avanzó por las aguas del lago durante algunas millas.
Al amanecer llegaron a un lugar del Horican cubierto de pequeñas islas.
Navegaron con mucha cautela, ya que por allí se había retirado el ejército de Montcalm.
—¡Silencio! —ordenó el cazador—. ¿Ven esa pequeña niebla que flota sobre esa isla? Es humo, además veo dos canoas. Vamos, amigos, remen con fuerza. Estamos fuera de su alcance.
En ese mismo instante sonó un disparo de fusil. Los alaridos les anunciaron que habían sido descubiertos y eran atacados.
Los indios gritaban de un modo tal que hasta el mismo Munro salió de su apatía. Pronto se encontraron fuera del alcance de los hurones, que los seguían por la espalda, y una descarga hizo silbar las balas en sus oídos. Ojo de Halcón cogió su fusil y disparó contra sus enemigos. Los hurones respondieron con alaridos.
Una de las balas agujereó el borde de la canoa y las otras caían a corta distancia.
—A estos salvajes les gusta oír las detonaciones de sus rifles, pero no hay entre los mingos quien pueda acertarle a una canoa en movimiento —observó el cazador—. Ahora, mayor, si quiere remar, verá lo que haré con mi fusil.Heyward empuñó el remo y Ojo de Halcón apuntó a un hurón que se disponía a hacer fuego, el indio cayó de espaldas soltando el rifle, que desapareció en el agua.
Se recobró y se puso en pie, haciendo movimientos extraños y torpes. Sus compañeros dejaron de remar y se agruparon en torno de él. Las canoas de los salvajes quedaron detenidas. Duncan siguió remando, pero el cazador le pidió que no lo hiciera con tanto ardor; necesitaba la distancia precisa para que el fusil cumpliera su oficio.

—Estamos olvidando nuestra misión —dijo con premura Duncan—. Les pido que aprovechemos esta ventaja para alejarnos de nuestros enemigos.
—Recuerde a mis hijas —exclamó Munro con voz ronca—. No jueguen con mi dolor.
El cazador echó una mirada a las canoas enemigas, bajó el rifle y empuñó el remo, relevando al fatigado oficial. Poco después, la distancia que los separaba de los hurones era tan considerable, que Duncan respiró con más libertad.
Habían llegado a una pequeña bahía en la orilla septentrional del lago. La canoa fue llevada hasta la playa y todos sus tripulantes desembarcaron. Ojo de Halcón y Duncan subieron a una prominencia del terreno. El cazador, tras observar toda la extensión de agua que abarcaba su vista, señaló a su compañero un pequeño
punto en la cima de un gran cabo a varias millas de distancia.
—Parece un pájaro —repuso el joven oficial.
—Es una canoa de buena corteza, tripulada por fieros y astutos mingos, sedientos de sangre. Apenas el sol se ponga, seguirán nuestra pista. Tenemos que desorientarlos
Ojo de Holcón y el mayor dejaron su puesto de observación y bajaron a la playa.
La canoa fue sacada del agua y transportada en hombros al interior del bosque, dejando un rastro tan marcado y visible como se pudo. Vadearon un río y siguieron hasta llegar a una roca enorme y desnuda de vegetación. En este punto, donde las pisadas no serían visibles, los perseguidos volvieron sobre sus pasos, hacia el riacho, caminando cuidadosamente hacia atrás; después siguieron el curso del río hasta su desembocadura en el lago, y allí lanzaron al agua la canoa. Un pequeño promontorio los ocultaba, y el lago estaba bordeado hasta cierto trecho por una densa franja de árboles. Protegidos por tales ventajas naturales, prosiguieron hasta que el cazador les indicó que volvieran a desembarcar.
Al oscurecer, remaron silenciosamente pero con vigor hasta la costa occidental que contaba con montañas de gran elevación. Aunque a los ojos de Duncan la geografía no ofrecía ningún accidente, Chingachgook entró en el pequeño puerto con la exactitud y la confianza de un experto piloto.
La canoa fue nuevamente levantada y transportada al bosque, donde se la ocultó cuidadosamente entre la espesura. Los viajeros, con sus armas y sus morrales a la espalda, estaban listos para partir, y así se lo hizo saber el cazador a Duncan y a Munro.
Ojo de Halcón y los mohicanos conocían bien las montañas y los valles de ese desierto por haberlos recorrido muchas veces, y no vacilaron en internarse en lo más espeso de los bosques, con la seguridad de quienes están habituados a afrontar sus privaciones sin dificultades.
Caminaron durante varias horas, hasta que el cazador decidió, con los mohicanos, que aquel era un buen lugar para pasar la noche. Munro y Duncan durmieron sin temor, aunque con inquietud. Cuando el sol disipaba la niebla y llenaba de luz el bosque, continuaron su marcha.
Recorridas algunas millas, Ojo de Halcón, que iba a la vanguardia, comenzó a caminar más lentamente y con mayor cuidado, deteniéndose para examinar los árboles, el color del agua o la rapidez de la corriente.
—Al descubrir que las huellas de Zorro Sutil —reflexionó el cazador—se dirigían al norte, pensé que seguiría los valles y que se mantendría entre las aguas del Hudson y las del Horican, hasta llegar al nacimiento de los ríos de Canadá, lo cual lo conducirá al interior del país ocupado por los franceses. Sin embargo, estamos muy cerca del lago Scaroon y no hemos encontrado ninguna huella. Es posible que no hayamos seguido la pista correcta.
Pero ya Uncás, con los ojos chispeantes de alegría y dando brincos como un ciervo, había subido a una pequeña altura y señalaba la tierra recién removida.
Todos acudieron a observar su descubrimiento.
—¡Mira! —dijo Uncás, señalando las huellas.

Se pusieron nuevamente en marcha, caminaban con tanta rapidez y con tanta seguridad como si recorrieran un camino real. Sin embargo, el hurón no había descuidado las tretas que los indios no olvidan cuando se baten en retirada.
Eran frecuentes las falsas huellas y las vueltas repentinas, siempre que algún arroyo o la formación del terreno lo permitía.
Ya caía la tarde cuando pasaron el Scaroon, siguiendo la dirección del sol hacia el ocaso. Al bajar a una hondonada en cuyo fondo corría un arroyo, se encontraron en un sitio donde Zorro Sutil había hecho alto con los que viajaban con él. Había algunos tizones que demostraban que se había encendido fuego.
Uncás y su padre encontraron señales recientes y luego el joven indio apareció con los dos caballos, ensillados, pero con las sillas rotas y manchadas.
—¿Qué significa esto? — preguntó Duncan.
—Esto significa que estamos al fin de nuestro viaje y que nos encontramos en territorio enemigo — contestó el cazador—. Es necesario seguir su rastro.
Examinaron el terreno palmo a palmo. Uncás rastreó el pequeño canal que partía del manantial, y haciendo un trenque de barro lo desvió hacia otro canal. Cuando el cauce quedó seco, se inclinó para observar y lanzó un grito de alegría.
Todos se acercaron. Sobre la arena que formaba el fondo había varias huellas de mocasines, pero todas iguales. El cazador, admirado, pidió a Uncás que midiera el pie del músico: en un recodo había una huella muy bien marcada. Cuando Uncás regresó, confrontó las medidas. Eran iguales. No había duda, a David le habían cambiado sus zapatos por mocasines.
—Ahora veo claro —añadió Ojo de Halcón—. Como lo más notable que tiene el cantor son su garganta y sus pies, se sacó partido de estos últimos y se le hizo marchar adelante; los otros han pisado sobre sus huellas. Y en cuanto a las señoritas, creo que no tardaremos en encontrar sus huellas.
Reanudaron la marcha siguiendo el curso del arroyo. Un poco más adelante el arroyuelo llegó a la base de un peñasco sin ninguna vegetación. Pero Uncás no tardó en hallar la impresión de un pie sobre el musgo; sin duda el indio había pisado allí inadvertidamente. El joven muchacho siguió la dirección de la punta de la huella que iba dirigida hacia un bosque, y las encontró todas bien marcadas y distintas.
—¿Continuamos adelante? — preguntó Heyward.
—Poco a poco —contestó el cazador—. Debemos tomar todas las precauciones. Lo que no entiendo es cómo Zorro Sutil hizo pasar a las señoritas a lo largo del rastro oculto bajo el agua del arroyo.
Heyward le mostró, entonces, una especie de carretilla, formada con ramas y asegurada con mimbres y lianas.
—¡Ahí está la explicación! —exclamó el cazador—. Aquí veo huellas de tres pares de mocasines y dos pares de pies pequeños.
—Mis hijas no podrán resistir tantas penurias —dijo Munro.
De todos modos, debieron hacer un alto para alimentarse, pero terminada la comida Ojo de Halcón miró al sol poniente y apresuró la marcha. No había transcurrido una hora cuando el cazador comenzó a andar más despacio, como si temiera la proximidad de un peligro.
—Olfateo hurones —dijo—. Chingachgook, anda por las montañas de la derecha.
Uncás, tú costearás el arroyo. Y yo continuaré siguiendo el rastro. El que descubra algo avisara a los otros con tres graznidos de cuervo. He visto algunos de esos pajarracos volando sobre la montaña.

Sin contestar, los mohicanos siguieron las indicaciones, y el cazador prosiguió la marcha en compañía de los dos oficiales. Heyward se colocó al lado del guía, pero el cazador le dijo que se escurriera a la orilla del bosque y lo aguardara allí. Duncan obedeció y desde su escondite pudo presenciar una escena extraordinaria.

Una gran extensión de árboles había sido derribada y la claridad de una noche de verano iluminaba esta especie de plazuela. A corta distancia, el arroyo formaba un pequeño lago en un valle cerrado entre dos montes. Centenares de viviendas de barro se alzaban al borde del lago.

Le pareció ver a muchos hombres que andaban en cuatro pies y arrastraban alguna cosa pesada. Aparecieron al mismo tiempo, a las puertas de algunas viviendas, varias cabezas negras, y no tardó todo el lago en cubrirse de una multitud de individuos que iban y veían en todas direcciones. Duncan estaba a punto de dar los graznidos de cuervo cuando un ruido le hizo volver la cabeza a otro lado.

Cerca de él, sin percatarse de su presencia, se hallaba otro individuo. Y Duncan, sigilosamente, se puso a observar los movimientos del recién llegado. Era un indio y parecía estar ocupado, como él, en contemplar la aldea y los movimientos de sus moradores. Era imposible descubrir sus facciones bajo aquella grotesca mascara de pintura que las ocultaba. Pero en su rostro había más tristeza que ferocidad. Como era usual, tenía la cabeza afeitada, salvo el mechón dejado en la parte superior del cráneo. Su aspecto, en conjunto, era el de un hombre solitario y mísero.

En ese momento regresaba sigilosamente el cazador.

Ojo de Halcón se sobresaltó, y bajo su rifle cuando Duncan le mostró al desconocido. Minutos más tarde se había ocultado entre la maleza y estaba a punto de sorprender al desconocido, que alzaba el pescuezo hacia el lago, mientras la mano del cazador se levantaba sobre él. Pero de pronto Ojo de Halcón retrocedió y comenzó a reír silenciosamente. Luego, en vez de asir al indio por el cuello, le tocó suavemente el hombro, y le dijo en voz alta:

—¡Hola, amigo! ¿Te propones enseñar canto a los castores?

—Así es —contestó el otro—. Creo que podrían hacerlo, si se lo enseñaran.

La sorpresa de Heyward no tuvo límites, los que él creía indios errantes eran castores; el lago, un estanque formado por ellos por el acarreo de agua; la cascada, un dique construido por los hábiles animales, y el enemigo sospechoso era el fiel amigo David Gamut.

Lo felicitaron por su indumentaria, que hacía honor al buen gusto de los hurones. El guía imitó tres veces el graznido del cuervo. Al punto concurrieron los mohicanos desde diferentes puntos. David contó que las hermanas estaban cautivas de los paganos, pero que se encontraban bien, lo que tranquilizó a Munro.

—Pero creo que no es momento de que las pongan en libertad — repuso David —. Zorro Sutil ha ido a cazar, y mañana nos internaremos en los bosques para acercarnos a las fronteras de Canadá. La mayor de las hermanas está en un pueblo vecino; la menor está con las mujeres de los hurones a dos millas de aquí.

Zorro Sutil había permanecido en la montaña. Allí había llevado a sus dos prisioneras, hasta que la matanza de la llanura cesó. Al llegar al campo de los hurones, el magua había separado a las hermanas. Cora fue enviada a una tribu en el próximo valle, pero David no recordaba el nombre de la tribu. Al escuchar esto Ojo de Halcón le preguntó:

—¿Recuerdas cómo eran sus cuchillos?

—No, no me fijé en ellos. Pero he visto sus pinturas, extrañas y fantásticas, imágenes que ellos admiraban y de lo que se muestran orgullosos. Especialmente una pintura que representa un objeto vil y repugnante. Es un animal como una serpiente o una tortuga.

—¡Huh! —exclamaron, simultáneamente, los dos mohicanos.

Chingachgook empezó a hablar en delaware. Sus gestos eran expresivos y enérgicos. Levantó su brazo y al bajarlo apartó los pliegues de su manta, y apoyó un dedo sobre su pecho como para confirmar sus palabras con ese gesto.
Duncan siguió con la mirada el movimiento y vio que el animal mencionado estaba dibujado en el pecho del indio. El cazador le dijo al oficial que Chingachgook procedía de la raza de los delawares y era el gran jefe de sus tortugas. Y además, según decía David, entre los hurones también se encontraban indios de esa misma raza.
El impaciente Duncan propuso varios medios para salvar a las dos hermanas, pero sus planes eran realmente descabellados.
—Sería conveniente —dijo el cazador— que David volviera a juntarse con los indios, para que informe a las hermanas que estamos cerca y venga a buscarnos cuando le demos la señal. David, como músico, distinguirá muy bien el graznido del cuervo.
—Es un pájaro simpático —replicó David—, su canto es suave.
—¡Espere! —exclamó Duncan—. Yo lo acompañaré. Así es que no trate de detenerme —le dijo al guía—. Usted conoce bien los medios para disfrazarme.
El cazador lo miró con admiración, y habló con Chingachgook, que llevaba en su morral tantos colores como tienen estos parajes.
Duncan tomó asiento y el mohicano puso manos a la obra. Le trazó sobre la frente la línea que los indios consideran como símbolo de un carácter cordial y dibujó en las mejillas algunas figuras fantásticas que lo dejaron convertido en un verdadero bufón.
Terminado el trabajo, el cazador le dio muchos consejos amistosos, y fijaron el sitio donde se reunirían en caso de que unos y otros tuvieran éxito. La despedida de Munro y su joven amigo fue triste. El cazador llamó a Heyward a un lado y comunicó su decisión de dejar a Munro con Chingachgook, mientras él y Uncás seguían haciendo averiguaciones.
El camino que tomaron Duncan y David cruzaba el claro de los castores y bordeaba la orilla de su estanque. Después de recorrer casi en semicírculo la zona de los castores, al cabo de una hora llegaron a un sitio despejado de árboles, por el que serpenteaba un arroyo. Duncan se detuvo antes de abandonar la espesura del bosque. Al otro extremo del claro se veían como unas sesenta chozas.
A la luz del crepúsculo observó unas treinta figuras que se elevaban sobre la hierba que crecía delante de las chozas y volvían a desaparecer, como si se las tragara la tierra. Pero cuando se acercaron vieron que sólo se trataba de niños que jugaban.

CAPÍTULO IX
LAS CAUTIVAS ESTÁN CERCA

No es costumbre india tener guardia de hombres armados en torno a sus campamentos. Por eso se encontraron entre la turba de niños jugando. Cuando éstos los vieron, desaparecieron inmediatamente. Pero al observar Duncan con más detención, a pesar de la penumbra, distinguió numerosos ojos vivaces y brillantes que los espiaban. Una docena de guerreros habían aparecido a la puerta de sus chozas.
David, que estaba algo familiarizado con semejantes escenas, entró tranquilamente en la choza principal sin vacilación alguna. Era la choza más espaciosa. A Duncan le era difícil aparentar indiferencia al pasar entre los salvajes reunidos delante de la puerta; pero imitó a su compañero,

entró y tomó asiento, guardando silencio como David.Una antorcha ardía en la habitación y reflejaba su luz sobre los rostros de los indios. Al fin un indio cuyos cabellos comenzaban a encanecer se levantó y habló en la lengua de los hurones; su discurso fue inentendible para Duncan, aunque por sus gestos parecía expresar cortesía más que irritación. Luego lo interrogó en francés, al típico estilo del que se habla en el Canadá:

—¿Los hombres sabios del Canadá se pintan la piel? Hemos oído decir que se enorgullecen de tener las caras pálidas.

—Cuando un jefe indio visita a sus padres blancos, se quita la túnica de búfalo para ponerse la camisa que le es ofrecida. Mis hermanos me dieron pintura y yo la uso —repuso Duncan.

Un murmullo de aprobación recibió este cumplido hecho a la tribu. El jefe de más edad hizo un gesto amistoso que fue repetido por casi todos sus compañeros.

Duncan respiró profundamente.

Otro guerrero se levantó y se ponía en actitud de orador, cuando salió del bosque un ruido espantoso, que fue seguido por un grito agudo y penetrante.

Duncan se puso en pie, asustado.

Todos los guerreros salieron en masa; el oficial los siguió y se encontró con los indios y sus familias dando gritos de alegría. Del bosque salía una larga fila de guerreros. El que iba delante llevaba un palo, y de éste pendían varias cabelleras.

Un grupo de guerreros regresaba de una expedición. Los guerreros sacaron sus cuchillos y se colocaron en dos filas, una enfrente de otra. Las mujeres se apoderaron de hachas, palos, o lo que tuvieran a mano, para tomar parte en la diversión que se preparaba. Ni los niños querían privarse de ella.

A pocos pasos de la choza, había dos hombres. Uno de ellos tenía el aspecto fiero, el cuerpo derecho, y parecía dispuesto a sufrir su suerte con el valor de un héroe. El otro tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, como abrumado por la vergüenza y parecía estar paralizado de terror. Iban a obligarlos a correr entre las dos filas de guerreros furiosos. Resonó, entonces, un grito que era la señal para iniciar la carrera.

Uno de los prisioneros quedó inmóvil y el otro partió en seguida con la ligereza de un ciervo. Apenas entró entre las filas saltó por encima de la cabeza de dos niños y se alejó de los hurones. Las filas se rompieron y todos corrieron tras él.

El prisionero saltó sobre una hoguera y no tardó en llegar al otro lado del bosque, donde otros hurones lo esperaban. Entonces corrió al lado más oscuro.

Duncan alcanzaba a distinguir su cuerpo de gran agilidad que daba saltos increíbles.

Luego el mayor lo buscó con la vista y de improviso lo vio junto a la puerta de la cabaña principal. En ese instante el prisionero había pasado un brazo alrededor del poste salvador que lo protegía; estaba muy fatigado y casi no podía respirar. Una costumbre inmemorial y sagrada protegía entonces su persona por el hecho de tomar ese poste, hasta que el consejo deliberase sobre su suerte. Silencioso, no manifestaba ni temor ni cólera, lo que molestaba a las mujeres. Una india se puso frente a él y comenzó a insultarlo.

—¡Oye, delaware! —le dijo burlona—. Tu nación es una raza de mujeres. Sus madres son mujeres de ciervos.

El prisionero se mostraba superior a toda esta mofa, lo que molestó aún más a la vieja india. En ese punto el muchacho volvió el rostro y Duncan lo reconoció:

era Uncás, el joven mohicano. Heyward desvió inmediatamente la mirada. Un guerrero se abrió paso entre la turba enfurecida; con un gesto apartó a las mujeres y a los niños, asió un brazo de Uncás y lo condujo hacia la entrada de la sala del consejo, adonde lo siguieron los guerreros más importantes. Heyward se mezcló entre ellos. Los hurones ocuparon sus puestos según sus rangos.

Uncás permanecía sereno, altivo y silencioso. No ocurría lo mismo con el otro prisionero. Él mismo había entrado en la choza, sin que nadie lo obligara a hacerlo. Heyward, miró de frente al cautivo pero no lo conocía, era un guerrero hurón.
El jefe del cabello cano dirigió la palabra a Uncás:
—Aunque perteneces a un pueblo de mujeres, has demostrado que eres hombre. Con gusto te daría algo de comer. Pero el que come con un hurón debe ser su amigo.
Descansa hasta el sol de mañana y entonces oirás las palabras del consejo. Dos de mis jóvenes andan persiguiendo a tu compañero.
—Los hurones parecen sordos —exclamó con desdén Uncás—. He oído dos veces el tiro de un arma que conozco. Sus jóvenes no regresarán nunca.
Una pausa breve siguió a continuación.
—¿Cómo se encuentra aquí un guerrero hábil y valiente? —preguntó el jefe.
—Porque siguió pasos de un cobarde que huía, y cayó en una trampa—. Y señaló con el dedo al hurón solitario.
Todos se volvieron hacia el individuo señalado. El anciano jefe se levantó, pasó junto a Uncás y se quedó en pie delante del hurón. Duncan lo miró, pero apartó los ojos con horror al ver que su cuerpo se retorcía por el miedo.
—Junco doblado— le dijo al joven hurón—. El Gran Espíritu te ha dado un buen físico, pero más te hubiera valido no haber nacido. Hablas mucho en la aldea, pero callas en la batalla. Tres veces te hemos llamado a combate y no has contestado. Tu nombre jamás volverá a ser pronunciado en tu tribu, será olvidado.
El joven levantó la cabeza, con vergüenza, horror y orgullo. Se puso de pie, se descubrió el pecho y miró sin temblar el cuchillo que levantaba el jefe inexorablemente. El cuchillo se clavó con lentitud en su corazón, hasta que cayó a los pies de Uncás. La india lanzó un grito y apagó la antorcha que iluminaba la choza y los guerreros se precipitaron fuera.
Duncan y la víctima del sacrificio parecieron quedar solos en la choza.
Pero un instante bastó a Duncan para darse cuenta de que no era así. Una mano se apoyó sobre su brazo, mientras Uncás murmuraba a su oído:
—Los hurones son unos perros. Cabeza Gris y Chingachgook están a salvo, y el rifle de Ojo de Halcón no duerme. Vete.
Heyward se alejó y se mezcló con la multitud. Un grupo de hurones llevó el cadáver del indio al bosque. Duncan anduvo vagando entre las chozas. Trataba de descubrir algún indicio del paradero de Alicia.
Interrumpió la infructuosa pesquisa y volvió a la sala del consejo en busca de David, que era quien podía disipar sus dudas. Tomó asiento y observó que Uncás aún estaba allí, pero no David. Al joven mohicano le habían quitado las ataduras, pero era celosamente vigilado. Su inmovilidad le daba la apariencia de una hermosa estatua más que de un ser animado.
A pesar de que Duncan se había propuesto guardar cauteloso silencio, los indios no le permitieron permanecer callado. A poco de haberse sentado, uno de los guerreros mayores le dijo:
—Un mal espíritu ha penetrado en el cuerpo de la mujer de uno de los jóvenes guerreros. ¿Podría el sabio extranjero liberarla de él? Mi hermano es un gran médico —añadió el astuto indio—. ¿Quiere intentar?
Duncan asintió con un gesto y el hurón pareció satisfecho con la respuesta.
Pasaron largos minutos, y cuando se disponía a salir, entró un guerrero de gran estatura que se sentó junto a los demás indios. Era el magua. Heyward se estremeció. El anciano dijo entonces al magua:

—Los delawares han andado rondando la aldea. Pero ¿quién ha sorprendido a un hurón dormido? Uno de ellos ha venido aquí.
—¿Mis jóvenes le quitaron la cabellera?— preguntó el magua.
—No —respondió el anciano mostrándole a Uncás—, tiene buenas piernas, aunque parece no manejar bien el hacha.
El magua no mostró curiosidad por ver al cautivo, siguió fumando tranquilamente.
Uncás parecía estar entregado a sus pensamientos. Pero durante unos dos minutos los dos hombres altivos quedaron con los ojos fijos el uno en el otro. Hasta que el magua exclamó:
—¡Ciervo Ágil!
Todos los guerreros se pusieron en pie al oír el conocido apodo, fue un momento de sorpresa general. Todos volvieron a sentarse, como avergonzados de su precipitación. La actitud de ellos era un triunfo para Uncás.
—Nadie resucitará a los hurones muertos —contestó Uncás.
El magua se levantó y les habló a los suyos:
—Ante todo, no debemos olvidar a nuestros muertos. ¿Dónde reposan los huesos de nuestros guerreros? Nadie lo sabe. Partieron sin llevar alimentos, rifles, ni cuchillos. Vamos a cargar la espalda de este mohicano hasta que se tambalee bajo el peso de nuestros dones y lo vamos a mandar en busca de nuestros jóvenes.
—¡Que muera este delaware! El sol tiene que brillar sobre su vergüenza. Las mujeres tienen que ver cómo tiemblan sus carnes.
Los jóvenes que vigilaban al cautivo, lo ataron y lo sacaron de la choza. Al llegar a la salida, sus ojos se encontraron con los de Heyward y éste creyó entender que todavía quedaba alguna esperanza, y se sintió consolado.
Al poco rato salió el magua. Heyward se sintió aliviado al ver que se alejaba un enemigo tan peligroso.
El jefe guerrero que había solicitado la ayuda del falso médico se levantó y se aprestó a partir, haciendo una seña a Duncan. Salieron y se encaminaron hacia la base de una montaña vecina, cubierta de bosques, que dominaba el campo de los hurones. Llegaron frente a una enorme roca y entraron en una especie de pasadizo, formado en la espesura por el paso continuo de los ciervos.
El jefe guerrero abrió una puerta de corteza que cerraba la entrada de la caverna. Esta contaba con varias habitaciones separadas con sencillas e ingeniosas combinaciones de piedra, madera y cortezas. Las aberturas de la parte superior permitían el paso del aire y de la luz del sol durante el día, y por las noches se alumbraban con antorchas. A este sitio traían los hurones casi todo lo que poseían de valor. La mujer, tendida sobre una cama de hojas secas, estaba rodeada de mujeres, en medio de las cuales se encontraba David.
Una mirada bastó para que Heyward comprendiera que la enferma estaba fuera del alcance de todo auxilio. Duncan iba a dar comienzo a sus operaciones médicas, cuando se le anticipó el músico. Quería ensayar el poder curativo de la música y empezó a cantar con tal entusiasmo que podía ser capaz de hacer un milagro.
Nadie lo interrumpió. Duncan miró en torno suyo y vio en un rincón a un oso sentado sobre las patas traseras, que imitaba con gruñidos sordos los ecos de la melodía del cantor.
Es imposible imaginar el efecto que produjo en David aquel eco tan inesperado.
Sus ojos se abrieron como si dudara de la realidad, y calló, enmudecido de asombro. Salió huyendo de la caverna y sólo alcanzó a decirle a Duncan en voz alta:
—Ella lo espera, y está cerca.

CAPÍTULO X
LA LIBERACIÓN DE UNA NIÑA Y DEL MOHICANO

El jefe hurón se acercó a su hija moribunda e hizo una señal para que las mujeres se retiraran. Señalando a la enferma le dijo a Duncan:

—Ahora mi hermano puede mostrar su poder.

Heyward se dispuso a imitar a los charlatanes indios para encubrir su ignorancia, pero lo interrumpió el oso con un feroz gruñido.

—Los astutos espíritus están celosos —dijo el hurón—. Me voy. hermano, esta enferma es la mujer de uno de mis jóvenes más valerosos. Trátala bien.

Se fue, dejando a Duncan solo con la mujer moribunda y el oso, que parecía estar enfurecido. Cuando el hurón salió, el oso se adelantó con lentitud hacia el falso médico, se levantó sobre sus patas traseras y quedó en la misma posición en que podría estar un hombre. Heyward trató de huir. Pero el oso se llevó las manos a la cabeza y una máscara que la cubría cayó a sus pies, y en su lugar apareció el cazador.

—¡Silencio! —dijo el guía—. Los hurones no están lejos. Cuando me separé de usted, llevé al comandante y a Chingachgook a una antigua choza de castores.

Después Uncás y yo avanzamos hacia el otro campamento, como estaba convenido.

¿Has visto al muchacho?

— Uncás está prisionero y está condenado a morir.

—Sospeché que ése sería su destino —replicó el cazador—. Y por eso me encuentro aquí. Marchábamos hacia el campo cuando encontramos una banda de salvajes. Uncás se puso a perseguir a un hurón que huía y cayó en una emboscada. Perseguí a los hurones. Tuve dos escaramuzas con ellos. La fortuna me llevó al lugar donde un brujo se estaba vistiendo con este disfraz. Un buen golpe en la cabeza lo dejó fuera de combate y me transformé en oso. Pero dígame, ¿dónde está la linda niña?

¿No oyó lo que le dijo el cantor? Ella está aquí. Voy a mirar por encima del tabique.

El oso se encaramó rápidamente y cuando llegó a lo alto hizo un gesto, imponiendo silencio, y se deslizó al suelo.

—¡Está aquí! —murmuró—. Pasando por esa puerta podrá verla. Si desea sacarse un poco de pintura de su cara, ahí hay un poco de agua, y cuando vuelva, yo lo pintaré nuevamente.

Preparado para la entrevista con su amada, se despidió de su compañero y desapareció por el tabique indicado. Duncan se dejó guiar por un resplandor que lo llevó al compartimiento destinado exclusivamente para la hija del comandante del William Henry.

—¡Duncan! —exclamó la joven, asustada.

—¡Alicia! —dijo Heyward y, saltando por encima de unas cajas de armas, se encontró junto a su amada.

Duncan la tranquilizó, y le refirió todos los principales acontecimientos. Lo interrumpió un leve golpe en un hombro. Al volverse se encontró con el magua. El mayor estaba desarmado. El indio los miró amenazante. En ese momento apareció el oso, y se acercó al magua.

— ¡Tonto! —exclamó el hurón, refiriéndose al oso—. Vete a jugar con los niños.

Y avanzó unos pasos. Pero el oso, es decir, Ojo de Halcón, extendió los brazos y rodeó con ellos el cuerpo del indio y lo apretó fuertemente. Heyward soltó a Alicia, tomó una correa y se apresuró a atar los brazos de su enemigo. En un instante el magua tuvo fuertemente atados los brazos.

—Saldremos por otra puerta —dijo el cazador—. Tome esos trapos indios y envuelva a la niña con ellos. Ocúltela bien, sobre todo sus pies. Tómela en brazos y sígame.
Duncan obedeció al cazador y salieron. Al hacerlo se encontraron con el jefe hurón. El mayor le dijo que se llevaba a la enferma al bosque para que el mal quedara encerrado en las rocas y para evitar que volviera a atacarla.
Alicia sintió que revivía al aire libre. Cuando estuvieron a considerable distancia de los hurones, el cazador les dijo:
—Este sendero los llevará al arroyo, sigan su curso hasta que lleguen a una catarata; allí, en la cima de la colina de la derecha, encontrarán las fogatas de otra tribu. Pidan protección allí. Si son auténticos delawares, los ayudarán.
Huir más lejos con esa niña es imposible.
—¿Y usted? —preguntó Heyward, sorprendido—. Supongo que no vamos a separarnos aquí.
—Deseo salvar la vida del último de los mohicanos, que es el orgullo de los delawares.
El cazador tomó el camino que conducía al poblado de los hurones. Alicia y Heyward, felices pero inquietos por la suerte de su amigo y de Uncás, se encaminaron hacia la lejana aldea de los delawares.

Ojo de Halcón, en tanto, siempre cubierto por su disfraz de oso, retornó al poblado. Al acercarse a las chozas, el paso del cazador se hizo más cauteloso y redobló las precauciones. Imitando siempre al oso, se arrastró hasta una pequeña abertura desde donde podía ver el interior de la choza. Era la habitación de David Gamut. El cazador se decidió a entrar en silencio y se sentó en tierra frente al músico. David se puso en pie y sacó una flauta.
—¡Oscuro y misterioso monstruo! —dijo—, no sé lo que te propones, pero escucha y arrepiéntete.
El oso se sacudió y con una voz muy conocida replicó graciosamente:
—Guarde ese instrumento de soplar. Soy un hombre como usted —y se despojó de su cabeza de oso para tranquilizar al cantor—. La joven y el mayor se encuentran libres de los hurones. Pero, ¿sabe usted dónde tienen a Uncás?
—Está en cautiverio, y me temo que su muerte ya esté decretada. Creo que podré llevarlo adonde se encuentra.
La cabaña que ocupaba Uncás estaba situada en el centro de la aldea y era muy difícil acercarse a ella sin ser visto. Pero el cazador contaba con su disfraz, y cuando vieron que David se acercaba con el oso, supusieron que éste sería uno de los brujos y los dejaron pasar sin dificultad. El cazador le había pedido que hablara con los hurones, ya que él no lo podía hacer.
—Retírense un poco. El hechicero teme que su soplo llegue hasta sus hermanos.
Los hurones, temerosos, se alejaron, pero sin perder de vista la entrada de la choza. Uncás estaba sentado en un rincón, apoyado en un muro y con las manos y los pies amarrados. El cazador se acercó al indio y silbó como una serpiente.
Uncás al verlo exclamó en voz muy baja:
—¡Ojo de Halcón!
—Corte sus ataduras —dijo el oso a David, que en ese momento se acercaba a ellos.
El músico obedeció. Ojo de Halcón se quitó la cabeza de oso, desató las correas con que sujetaba la piel, e hizo que Uncás se pusiera el disfraz. Luego le pasó un cuchillo de larga y brillante hoja.
—Ahora, amigo David —dijo el cazador—, un cambio de ropas nos convendrá mucho.
Tome mi blusa de cazadory mi gorra, y déme su manta y su sombrero. También los anteojos y la flauta.
Cuando se hizo el cambio, el cazador podría ser confundido fácilmente con David en la oscuridad.

—El principal peligro lo tendrá usted cuando ellos descubran que han sido engañados —repuso el cazador. Permanezca en la oscuridad, en el fondo de la choza, y hágase pasar por Uncás hasta que los hurones lo descubran. Y guarde silencio mientras pueda.
—Yo soy humilde —dijo David— y pacífico. No me gusta la venganza. Así es que, si yo muero, no busquen a mis asesinos.
El cazador estrechó la mano del músico y salió de la choza en compañía del falso oso.
Al salir, uno de los hurones se acercó al oso. Pero éste gruñó de tal manera que el indio retrocedió, tratando de cerciorarse de que el animal no era un oso verdadero sino el hechicero cubierto con una piel de dicho animal. En ese instante, Ojo de Halcón interrumpió con una canción. Cuando se encontraban a cierta distancia de la aldea, oyeron un grito hacia el lugar en que habían dejado a David. El mohicano se sobresaltó y se detuvo para sacarse su disfraz.
Ojo de Halcón le pasó uno de los rifles que había ocultado entre un matorral.
—¡Qué estos demonios nos sigan la pista! —dijo el cazador—. Dos, por lo menos, pagarán con su vida el haber encontrado nuestras huellas.
Uncás y el cazador, se lanzaron hacia el interior de la tenebrosa selva, desapareciendo en ella.

Atrás, en tanto, la impaciencia de los salvajes que se paseaban en torno de la cárcel de Uncás fue más poderosa que el miedo que les inspiraba el soplo del hechicero.
Al principio los hurones creyeron que el delaware había sido deformado por las artes del hechicero. Pero David levantó casualmente la cabeza, y reconocieron su error. Entraron atropelladamente en la choza y sacudieron al cantor sin miramientos y lanzaron el primer grito que atrajo la atención de los fugitivos.
David creyó llegada su última hora. Entonando un ferviente y sonoro himno, trató de suavizar su paso al otro mundo. Los indios se acordaron a tiempo de que se trataba de un demente y salieron para dar la alarma a todo el campamento. Pronto se reunieron cien hombres. Al advertir la ausencia del magua, lo buscaron y lo encontraron amordazado y maniatado.
Una vez liberado, el magua se levantó furioso. Rápidamente les informó de lo ocurrido y ordenó que salieran a buscar a los fugitivos.
En vez de tomar la senda que llevaba directamente al campamento de los delawares, el magua condujo a su pequeña tropa por el borde del lago de los castores.
El día clareaba, Zorro Sutil al pasar por el lago creyó observar un castor de cabeza muy grande y que antes no había visto por aquel sector. El castor se retiró rápidamente. El magua reanudó la marcha y, mientras los indios continuaban su camino, volvió a asomarse el mismo castor. Si algún hurón lo hubiera podido ver, habría notado que el animal vigilaba los movimientos de los indios con el interés de un ser humano. Pero cuando la columna penetró en la selva, el castor salió de su choza de palos, y despojándose de la oscura piel se mostró tal cual era: el grave y digno Chingachgook.

CAPÍTULO XI
ZORRO SUTIL MANTIENE A SU PRESA

La tribu de los delawares era similar en número a la de sus vecinos hurones.

También habían seguido a Montcalm pero dejaron de apoyarlo, cuando el general francés se encaminó con sus tropas hacia el fuerte William Henry, con la excusa de que sus tomahawks estaban demasiado mellados y necesitaban tiempo para afilarlos. El francés creyó oportuno aceptar sus excusas con tal de no tenerlos como declarados enemigos.

Zorro Sutil penetró en un pueblo ocupado en sus labores domésticas. Los guerreros conversaban, otros revisaban sus armas con mucha acuciosidad. De vez en cuando sus miradas convergían hacia la amplia choza que parecía ser el objeto de la preocupación principal.

Sobre la lejana plataforma apareció el magua. Al llegar junto a un grupo compuesto de jefes principales, se detuvo.

—Bienvenido sea Zorro Sutil, el sabio hurón —saludó un delaware que dominaba todas las lenguas indias de Norteamérica.

Se saludaron los jefes, y el delaware invitó al magua a compartir su comida en su tienda. Durante la cena tocaron sólo el tema de la cacería. Luego de retirar las calabazas con los restos de alimentos, los jefes se dispusieron a conversar seriamente.

—Los tomahawks de vuestros jóvenes han estado muy enrojecidos.

—Así es; pero ahora están brillantes y mellados porque los ingleses han muerto, y los delawares son nuestros vecinos. ¿Mi prisionera molesta a mis hermanos delawares?

—Es bienvenida —respondió el delaware.

—Si ocasiona alguna molestia a mis hermanos, pueden enviarla de vuelta a mi poblado.

—Es bienvenida —repitió el delaware con más énfasis que la primera vez.

El magua dio tiempo para que sus palabras hubieran suavizado los sentimientos de los delawares, y después dijo:

—Mis jóvenes han soñado que veían rastros de ingleses en las cercanías de la aldea de los delawares.

—No encontrarán dormidos a nuestros jóvenes —respondió el jefe.

—He traído regalos para mis hermanos —anunció Zorro Sutil.

A continuación, el astuto hurón se puso en pie y desplegó unos regalos ante los ojos deslumbrados de los jefes delawares. Eran baratijas de poco valor, arrebatadas a las mujeres asesinadas en el fuerte. Las distribuyó hábilmente, dando las de más valor a los dos jefes más distinguidos, uno de los cuales era su anfitrión. El donante pudo ver en los ojos de los beneficiados el excelente efecto de su generosidad y elogios.

—Mi hermano es un sabio jefe, sea bienvenido —dijo el orador.

—Los hurones aman a sus amigos los delawares —replicó el magua—. El mismo sol los ha coloreado, y los hombres cazarán juntos en los mismos campos cuando hayan muerto. Debemos unirnos y observar al hombre blanco. ¿No ha visto huellas de espías en la selva, mi hermano?

—Se han visto mocasines extraños en nuestro campo, y han penetrado en nuestra morada —dijo el jefe delaware.

—¿Y no los arrojó a palos? —preguntó el magua.

—Todo extranjero es bien recibido por los delawares.

—El extranjero sí, pero no el espía.

—Los ingleses ¿emplean a sus mujeres como espías? ¿No dijo el hurón que él se había apoderado de mujeres en la batalla?

—Sí. Estuvieron en nuestras tiendas, pero al no tener bienvenida, vinieron donde los delaware —replicó el magua—. Ellos creen que mis hermanos son sus amigos.

—Es verdad que nuestros jóvenes no se presentaron al campo de batalla, pero tuvieron un sueño que les impidió ir. Pero, eso no resta veneración al gran jefe blanco.

—¿Creerá eso al saber que su mayor enemigo es alimentado por los delaware? ¿Que el cara pálida que mató a tantos de sus amigos entra y sale entre los delawares?
Mi gran padre no es un tonto.
—¿Dónde está y quién es el inglés que ha matado a los jóvenes?
—Carabina Larga —respondió Zorro Sutil. Este nombre hizo estremecer a los delaware al pensar que ese personaje estaba en su poder.
—¿Qué quiere decir mi hermano? —inquirió el jefe delaware.
—¡Un hurón nunca miente! —exclamó el magua fríamente.
El jefe delaware, cuyo nombre era Corazón Duro, llamó rápidamente a una reunión de urgencia. Afuera, la noticia corrió de boca en boca hasta que todo el campamento se puso en movimiento.
La agitación acabó por calmarse un tanto, mientras deliberaban los ancianos de la tribu. El magua seguía sentado, tan indiferente como si no tuviera el menor interés en el resultado de las deliberaciones.
El consejo celebrado fue de corta duración. Se ordenó que se agrupara toda la nación delaware.
A la media hora de haberse reunido más de mil personas del pueblo indio, se esperaba la resolución dictada por los consejos de ancianos. Se abrió la puerta de una choza y salieron de ella tres hombres. Todos eran muy ancianos, pero el que se ubicaba al centro pasaba el centenar de años y su cuerpo se doblaba por el peso de la edad.
Su vestimenta era rica y espléndida, su manto estaba hecho con hermosas pieles; su pecho, cargado de medallas de plata y algunas de oro, con que le habían condecorado varios reyes europeos durante el curso de su vida. Su cabeza estaba coronada con un penacho de plumas de avestruz y sus armas lujosamente alhajadas con joyas y metales preciosos.
El nombre de Tamenund pasó de boca en boca. El magua había oído hablar con frecuencia del sabio y justo patriarca de los delaware. El anciano pasó por delante del hurón, sin darle mucha atención, y se sentó en el centro con la actitud de un monarca y con el aire paternal de quien ve un hijo en cada miembro de su tribu.
Después de una pausa, los jefes se acercaron al patriarca, por turno, colocando sobre sus cabezas la mano del anciano como invocando su bendición. Terminados estos testimonios de afecto y de respeto, los jefes regresaron a sus puestos, y en toda la asamblea reinó un gran silencio.
Algunos jóvenes guerreros se pusieron en pie, entraron en la cabaña y en seguida salieron escoltando, hacia el juez, a los que eran la causa de tan solemnes preparativos.
La multitud abrió paso a los prisioneros y luego volvió a cerrarse dejándolos en medio.
Cora y Alicia, entrelazados sus brazos, se hallaban delante de los prisioneros.
Cerca de ellas estaba Heyward preocupado por la suerte de las hermanas. Ojo de Halcón se había colocado detrás del pequeño grupo. Uncás no se encontraba allí.
Cuando se restableció el silencio, uno de los jefes que acompañaba al patriarca se levantó y preguntó en inglés, en voz alta:
—¿Cuál de mis prisioneros es Carabina Larga?
Ni Duncan ni el cazador contestaron. El mayor retrocedió un paso, al reconocer al magua... Comprendió en seguida que el astuto hurón había tenido parte en la gran reunión de los indios, y recordó un juicio sumario que había presenciado entre los hurones, en que el castigado había pagado de inmediato con su vida.
Temió que el cazador corriera igual suerte en aquel juicio, por lo cual se decidió de inmediato a proteger a su amigo:
—¡Dennos armas! —dijo el joven oficial—, nuestros hechos hablarán por nosotros.
El cazador, que había escuchado con atención, avanzó al frente para decir:

—Mis padres me llamaron Nataniel y los delaware que viven a orillas de su río me han llamado Ojo de Halcón; los hurones me llaman con el apodo de Carabina Larga, sin consultarme a mí, que soy el más interesado en el asunto.
Todas las miradas se dirigieron hacia él. No era de extrañar que dos personas pretendieran pasar por impostores en mutua protección. Uno de los jefes dijo entonces al magua:
—Mi hermano dice que una víbora se ha deslizado en nuestro campamento. ¿Cuál de los dos es?
El hurón, sin decir una palabra, señaló al cazador.
—¿Un delaware creerá en el ladrido de un lobo'? —exclamó Duncan—. El perro nunca miente, ¿cuándo ha dicho la verdad un lobo?
Los ojos del magua lanzaron chispas, pero no abrió la boca.
—Mi hermano ha sido llamado mentiroso —dijo un jefe—. Denles rifles a mis prisioneros y que prueben cuál es el hombre llamado Carabina Larga.
Se les entregaron las armas y se les ordenó hacer fuego sobre un cacharro colgado de una rama, a unas cincuenta varas.
Heyward sonreía ante la idea de competir con el cazador. Pero cogió el fusil y disparó. La bala rozó la rama a muy pocos centímetros del cacharro. Un grito de satisfacción acogió esa prueba. El mismo Ojo de Halcón aprobó el tiro con un gesto.
—¿El otro hombre blanco puede superarlo? —preguntó el hurón.
—Sí, ¡hurón! —exclamó el cazador, levantando el rifle—. Yo podría matarte ahora sin que nadie pudiera impedirlo.
El cazador apoyó el rifle en la mano izquierda e hizo fuego: los fragmentos de la vasija saltaron en el aire. Se levantó entonces un murmullo, la mayor parte de los guerreros manifestó que aquel resultado se debía a la casualidad. Algunos decían que nadie podía disparar sin haber apuntado. El patriarca ordenó:
—Denles nuevos rifles.
El cazador se apoderó con avidez del arma. Duncan miró el nuevo blanco, una calabaza pequeña que los indios ocupaban como vajilla, suspendida de un árbol a cien metros de distancia, y disparó. Dos indios se precipitaron a examinar el blanco, diciendo a gritos que la bala había penetrado en el árbol, a escasa distancia del blanco. Los guerreros lanzaron exclamaciones de alegría, y después se volvieron para mirar al otro tirador.
El cazador echó un pie atrás y levantó el arma, la puso horizontal y disparó.
Nuevamente corrieron los indios al árbol y no encontraron el orificio de la bala.
—Si quieren encontrarlo —dijo el cazador—, búsquenlo en el blanco mismo.
Los indios corrieron a descolgar la calabaza, la levantaron en el aire, y dando gritos de alegría mostraron que la bala había atravesado el utensilio, agujereando el fondo. El anciano jefe dijo entonces:
—¿Por qué desean taparme los oídos? —le preguntó a Duncan—. ¿Son tan tontos los delaware que no saben distinguir una joven pantera de un gato?
—No tardarán en reconocer que el hurón no es precisamente un pájaro cantor —replicó Heyward.
—Está bien. Veremos quién pretende cerrar nuestros oídos. Hermano —dijo el anciano mirando al magua—, los delaware escuchan.
El hurón avanzó frente a los prisioneros, como si estudiara el modo de adaptar su discurso a la capacidad de sus oyentes. A Ojo de Halcón le dirigió una mirada hosca y a Duncan, una mirada de odio. Apenas pareció notar a la tímida Alicia, pero cuando su mirada se posó en Cora, sus ojos expresaron sentimientos contradictorios. Y comenzó a hablar.
—El Gran Espíritu que formó a los hombres les dio colores diferentes —dijo el hurón—. Hizo a los negros, y los destinó a ser esclavos, a otros dio una piel más blanca que el armiño y les ordenó que

comerciaran, perros para con sus mujeres, y lobos para con sus esclavos; les dio la lengua como el falso llamado del gato montés, el corazón del conejo y la malicia del jabalí. Dios les dio mucho, y quieren mas aún. Tales son los caras pálidas. A algunos les dio el Gran Espíritu piel más brillante y roja que el sol —añadió el magua—. Y éstos fueron sus hijos predilectos. Les dio esta isla con todas sus riquezas. ¿Saben mis hermanos el nombre de este pueblo favorito? Eran los lenni lenapes. Pero ¿seré yo el encargado de referir a un pueblo sabio sus propias tradiciones? ¿No hay entre ellos uno que haya visto todo esto y atestigüe la verdad? He terminado. Mi lengua está quieta porque mi corazón es de plomo, pero mis oídos escuchan.Todos los ojos se volvieron hacia el venerable Tamenund. Cuando el hurón nombró a su pueblo, el anciano abrió los ojos y miró a la multitud. Hizo un esfuerzo para levantarse y, apoyado por sus dos compañeros, se puso en pie, a pesar de su visible debilidad.

—¿Quién nombra a los hijos de los lenapes? —preguntó con voz gutural—. ¿Quién habla de cosas pasadas? Agradezcamos al Manitou los bienes que quedan. Me dicen que es un amigo de Tamenund. ¡Un amigo! ¿Qué es lo que trae aquí a un hurón?

—La justicia. Sus prisioneros están aquí con sus hermanos, y él viene a buscar lo que es suyo —exclamó otro de los ancianos.

El patriarca miró al magua con atención y le dijo:

—La justicia es la ley del Gran Manitou. Hijos míos, den comida al forastero y después, hurón, toma lo tuyo y vete.

Dicho esto, el patriarca volvió a sentarse y cerró los ojos. Apenas terminó de hablar el anciano, cinco guerreros ataron a Duncan y al cazador por los brazos.

El magua dirigió una mirada de triunfo a la asamblea; luego tomó a Alicia en sus brazos y ordenó al mayor que lo siguiera. Pensaba que era una manera de obligar a Cora a venir con él. Pero la joven corrió y se arrojó a los pies del patriarca suplicando que las protegiera. Tamenund le preguntó quién era. Cora se lo dijo y le preguntó a él:

—Tamenund ¿es padre?

—Sí, de todo mi pueblo —respondió el patriarca.

—No pido nada para mí —exclamó Cora—. Ella es hija de un anciano cuyos días están contados. Esa niña es demasiado buena para que sea víctima de ese malvado.

Hay aún un prisionero que no ha sido traído ante ti; antes que dejes partir al hurón, escucha a ese guerrero.

Viendo que Tamenund parecía indeciso, uno de sus acompañantes le dijo:

—Es una víbora, un piel roja que está a sueldo de los ingleses. Lo reservamos para la tortura.

—Que venga —dijo el anciano.

En medio del silencio que siguió, mientras iban en busca de Uncás. se oía el rumor de las hojas azotadas por el viento de la mañana.

Cuando Uncás fue llevado ante el patriarca, todos los ojos se volvieron para contemplarlo. Uncás observó con tranquilidad la expresión hostil de los jefes, pero cuando sus ojos se detuvieron en Tamenund, pareció olvidar a todos los demás.

—¿En qué lengua hablará el prisionero al Manitou? —preguntó el anciano.

—La de sus padres —respondió Uncás—. La de un delaware.

Al oír esta respuesta inesperada, se produjo un murmullo terrible y amenazador entre los indios. Tamenund se puso una mano delante de sus ojos y dijo:

—¡Un delaware! —exclamó—. Nunca había visto todavía a un delaware que se deslice como una serpiente venenosa en el campamento de su nación para percibir mejor los sonidos de una melodía lejana.

—Los pájaros han cantado —respondió Uncás, con voz musical—, y Tamenund ha reconocido su voz.
—¿Estará Tamenund soñando? —exclamó el anciano—. ¿Volverá el verano a los hijos de los lenapes?
Un silencio siguió a estas frases incoherentes. Todos esperaban pacientemente el resultado. Después de una prolongada pausa, y al ver que el anciano parecía haber olvidado el motivo que los reunía, uno de los jefes le recordó la presencia del prisionero:
—El falso delaware tiembla al oír las palabras de Tamenund. Es un perro que aúlla cuando los ingleses le muestran un camino.
—Y ustedes —replicó Uncás— son perros que aúllan cuando los franceses les arrojan los restos de sus ciervos.
Esta respuesta hizo brillar en el aire veinte cuchillos y poner en pie a otros tantos indios. Pero un jefe los calmó.
—¡Delaware! —exclamó el patriarca—. No eres digno de tu nombre. El guerrero que abandona su tribu cuando la ocultan las nubes, es doblemente traidor. La ley del Manitou es justa e inmutable. Es de ustedes, hijos míos, trátenlo como se merece.
Uno de los jefes anunció que el prisionero había sido condenado a sufrir el suplicio del fuego. Uno de los guerreros quitó a Uncás la túnica que lo cubría, luego se detuvo asombrado. Levantó la mano y señaló con el dedo el pecho de Uncás. Sobre su pecho, pintada con tinta azul, estaba dibujada una tortuga.
Entonces el prisionero miró en torno suyo, se adelantó y comenzó a hablar con voz sonora y vibrante:
—¡Hombres de los lenni lenapes! Mi raza sostiene la tierra y su débil tribu se apoya sobre mi caparazón. ¿Qué fuego encenderán los delawares que pueda quemar al hijo de mis padres? —dijo, señalando la tortuga de su pecho.
—¿Quién eres tú? —preguntó Tamenund.
—Soy Uncás, el hijo de Chingachgook. Un hijo del gran Unamis.
—¡La hora de Tamenund ha llegado! —exclamó el patriarca—. Uncás, el hijo de Uncás, ha sido encontrado. Que los ojos del águila moribunda miren al sol naciente. Uncás, la pantera de su tribu, el hijo mayor de los lenapes, el más sabio de los mohicanos, ha regresado. ¿Tamenund ha dormido durante cien inviernos?
Uncás, que miraba al patriarca con ternura, le dijo:
—Cuatro guerreros de su raza han vivido y han muerto desde que el amigo de Tamenund condujo a su pueblo al combate. La sangre de la tortuga ha corrido en muchos jefes, pero todos ellos han vuelto a la tierra de donde salieron. Salvo Chingachgook y su hijo.
Luego de estas palabras, el joven se acercó al cazador y, cogiendo un cuchillo, cortó sus ligaduras y lo condujo ante el patriarca.
—Padre —le dijo al anciano—, mira a este cara pálida. Es un hombre justo y amigo de los delawares. Lo llamamos Ojo de Halcón, porque su vista nunca falla. Se le conoce como Carabina Larga. Jamás le ha hecho el menor daño a un delaware.
—¿Dónde está el hurón? —preguntó Tamenund—. ¿Ha tapado mis oídos?
El magua se acercó resueltamente hacia el patriarca y le dijo:
—El justo Tamenund no retendrá lo que el hurón ha prestado.
—Dime, hijo de mi hermano —dijo el anciano sin mirar al hurón, y dirigiéndose a Uncás—. ¿El extranjero tiene el derecho del vencedor sobre ti?
—No lo tiene.
—¿Y sobre Carabina Larga?

Librodot

—Él se ríe de los mingos.
—¿El extranjero y la joven blanca vinieron juntos a mi campamento?
—Deben continuar su viaje libremente.
—¿Y la mujer que el hurón dejó con mis guerreros?
Uncás no contestó.
—¡Es mía! —gritó el magua—. Mohicano, tú sabes que es mía.
—Mi hijo calla —dijo Temenund.
—Es cierto —dijo Uncás.
El anciano meditó durante unos minutos, y luego dijo:
—¡Márchate, hurón! Mujer —dijo el anciano—, resígnate. Un guerrero te toma por esposa. Tu raza no terminará.
—Que se extinga —exclamó Cora, horrorizada.
El magua asió fuertemente el brazo de su prisionera, que comprendió que su protesta sería inútil, y se sometió sin resistencia.
—¡Detente! —exclamó Duncan—. El rescate que se te dará por ella, te convertirá en el hombre más rico de tu pueblo.
—El magua es un piel roja y no necesita de las joyas de los caras pálidas.
—¡Providencia divina! —gritó Heyward, juntando las manos con desesperación —. ¡Recurro a ti, Tamenund, misericordia!
—El delaware habló ya. Los hombres no hablan dos veces.
—Hurón —intervino el cazador—, piensa si te conviene más llevarte a una mujer, o a un hombre como yo, a quien tu pueblo se alegrará de ver desarmado. Acepta mi propuesta y deja libre a la joven.
—Zorro Sutil es un gran jefe y no tiene más que una opinión. El hurón no es un charlatán. ¡Vamos, Cora!
La joven retrocedió rápidamente.
—Soy tu prisionera, y te seguiré —dijo con frialdad y, volviéndose al cazador, cambió de tono para decirle—: Le agradezco su proceder con toda mi alma. Cuide de mi hermana. Y usted, Duncan, no necesito recomendarle el tesoro que posee.
Se acercó a su hermana, la abrazó, la besó y se volvió hacia el hurón diciendo:
—Ahora lo seguiré, si quiere.
—Hurón —interrumpió Uncás—, la justicia de los delawares viene del Manitou. Tu camino es corto y está libre; cuando el sol esté encima de los árboles, habrá hombres que sigan tu rastro.
—¡Oigo a un cuervo! —gritó el magua y se rió burlonamente—. ¡Perros, ladrones, les escupo la cara!
En medio del silencio, el magua se internó en el bosque, seguido por su pasiva prisionera.

CAPÍTULO XII
LA MUERTE DEL ÚLTIMO MOHICANO

Durante la siguiente hora, el campamento de los delawares pareció una gran colmena.
Uncás se dirigió a un árbol enano que crecía en las grietas de la plataforma rocosa. Le arrancó la corteza, y se alejó. Otro guerrero le arrancó las ramas al mismo árbol, dejando solamente un tronco

desnudo; y por fin un tercero, pintó el tronco, a rayas de un color rojo oscuro. Uncás se acercó entonces al árbol y comenzó a bailar a su alrededor, entonando una canción de guerra.
Tres veces repitió el canto y otras tantas danzó en torno del árbol. Al terminar la primera vuelta, un jefe guerrero siguió el ejemplo de Uncás. Otros guerreros se fueron sumando al baile. El joven clavó su hacha en el árbol desnudo, lanzó una exclamación con la que anunciaba su autoridad para dar fin a la tregua dada al magua.
Más de cien guerreros se lanzaron sobre el árbol hasta dejarlo convertido en astillas. Uncás elevó sus ojos hacia el sol que estaba ya sobre los árboles y dispuso la designación de los jefes para que ocuparan los puestos más importantes y luego dio la orden de partir.
Fue silenciosa la salida de más de doscientos hombres. Nadie los molestó cuando entraron en la selva y caminaron durante un largo espacio. Luego hicieron un alto para celebrar una reunión y así ponerse de acuerdo acerca de cómo debían actuar. Entonces descubrieron a lo lejos a un hombre que venía solo desde el sitio en dónde debía estar el enemigo.
Avanzaba tan rápidamente que podía pensarse que se trataba de un mensajero portador de propuestas pacíficas. Se detuvo a cierta distancia y todas las miradas se dirigieron hacia Uncás, como esperando órdenes.
—Ojo de Halcón —dijo Uncás—, ése no debe volver a ver a los hurones.
—Su hora ha llegado —contestó el cazador, bajando la punta de su rifle por entre las hojas, y ya parecía que iba a disparar, cuando dejó tranquilamente el arma en tierra y empezó a reírse a carcajadas—. No lo creerás, Uncás —agregó Ojo de Halcón—, se trata del músico. Es el hombre llamado Gamut, iré a encontrarlo.
El cazador se internó en la selva hasta que llegó a una distancia como para ser oído por David, e imitó los cantos que entonaba Gamut. Éste comprendió que sólo Ojo de Halcón podía imitarlo y corrió hasta donde él se encontraba. Cuando
estuvo junto a los delawares, David se asustó al ver el aire sombrío y salvaje de los jefes que lo rodeaban. Pero el cazador lo tranquilizó y luego le preguntó dónde se encontraban los hurones.
—Están ocultos en la selva, entre este sitio y su aldea, y son tantos que lo más prudente sería devolverse cuanto antes. El magua está con ellos, y la joven fue encerrada en una caverna.
—¿No podríamos hacer algo para liberarla ahora mismo? —preguntó Heyward.
—¿Qué dice Ojo de Halcón? —preguntó Uncás.
—Dame veinte hombres —contestó el cazador—. Me iré por la derecha, siguiendo el curso del río, y pasando junto a las cuevas de los castores, me reuniré con Chingachgook y el mayor. Pronto oirán el grito de guerra por ese lado; el viento lo traerá hasta aquí. Cuando esto ocurra, Uncás, ustedes los atacan. Después entraremos a su aldea y sacaremos de la caverna a la joven.
Tras una breve conversación, el plan fue madurado y comunicado a los diversos jefes. Se pusieron de acuerdo en las señales y los jefes se separaron, yendo cada uno al puesto que se le había asignado.
Reunida su pequeña tropa de veinte hombres, el cazador tomó su rifle, e indicó a sus compañeros que lo siguieran. Cuando llegaron a la orilla de un río, hicieron un alto esperando la llegada de los hurones. El cazador vio entonces que lo seguía el músico, y le advirtió que ellos iban a combatir con los hurones, y que allí sólo se escucharían los sonidos de los rifles. David aceptó las condiciones que se le imponían. Entonces, el cazador dio la orden de ponerse en marcha.
El grupo siguió el curso del río por espacio de una milla. Aunque la espesura de la maleza lo protegía, el cazador no descuidó cautela alguna. Llegaron al fin a un lugar donde el pequeño río desembocaba en un brazo ancho. Ojo de Halcón ordenó un nuevo alto para observar los indicios de la selva.

—Es probable que tengamos un buen día para pelear —le dijo el cazador al mayor—. El sol brillante hace resplandecer el cañón del rifle y perjudica la puntería.
Todo nos es favorable. Los hurones tienen el viento contrario. El humo irá sobre ellos. Nosotros podremos hacer fuego libremente.
El río seguía un curso irregular. En sus riberas había restos secos de árboles muertos. El cazador estaba preocupado. Sabía que el campamento de los hurones estaba situado a media milla río arriba y temía una emboscada. Al fin, cansado de su prudencia, decidió sacar a la vista su tropa y conducirla con cautela por el río.
Apenas estuvo a la vista la pequeña tropa, sonó a su espalda una descarga de fusilería; uno de los delaware cayó muerto.
—¡Pronto, contesten y pónganse a cubierto! —gritó el cazador.
Los hurones se replegaron y se produjo una pequeña tregua. Luego, sin embargo, recomenzó el combate. Ojo de Halcón corría de árbol en árbol haciendo fuego con su rifle, seguido por el mayor, que lo imitaba. Los hurones no retrocedían; tampoco tenían heridos. La suerte del combate era cada vez más deplorable para el cazador y sus guerreros.
Los hurones empezaban a cubrir y desbordar los flancos de sus enemigos, y cuando los delaware pensaban que serían arrollados, se oyeron repentinos gritos de guerra y un ruido de armas de fuego procedente de la selva donde estaba apostado Uncás.
El ataque dividió a los hurones. El cazador animaba a sus guerreros y les ordenó que atacaran. La carga consistía sólo en avanzar de árbol en árbol, poniéndose a cubierto. Los hurones aprovechaban la ocasión para hacer una descarga tan precipitada como inútil.
Sin detenerse a respirar, los delawares avanzaron a grandes saltos hacia la selva. Algunos viejos hurones no cayeron en la trampa; esperaron tenerlos cerca e hicieron una terrible descarga. Tres delawares cayeron, pero otros penetraron en la selva. La lucha cuerpo a cuerpo duró poco, y los hurones cedieron terreno rápidamente, hasta que llegaron al borde opuesto de la espesura. Se volvieron y se mostraron decididos a defenderse. En aquel momento crítico se oyó un disparo a la retaguardia de los hurones, y una bala vino silbando desde las chozas de los castores, y resonó otro grito de guerra.
—¡Chingachgook! —exclamó el cazador—. ¡Los tenemos entre dos fuegos!
Los hurones, desmoralizados y no teniendo dónde resguardarse, no pensaron más que en huir. Entonces se reunieron Chingachgook, el cazador, Heyward y el padre de Alicia. Ojo de Halcón entregó el mando a Chingachgook. La colina donde se habían detenido se encontraba rodeada de espesos árboles.
Abajo, en un valle sombrío, Uncás seguía combatiendo con el grueso de las tropas del magua. Chingachgook y sus compañeros avanzaron hasta el borde de la meseta y escucharon los ruidos de la batalla. Pronto, sin embargo, cesó el ruido de las armas. Entonces vieron aparecer unos hurones, parapetados tras los árboles decididos a luchar con desesperación. Heyward miraba constantemente a Chingachgook para saber si era la ocasión de hacer fuego. El jefe permanecía sentado sobre un peñasco, como si su misión se limitara a ser espectador.
Chingachgook dio entonces la señal y comenzó el tiroteo. Una docena de hurones rodaron, muertos. A los gritos de guerra de Chingachgook, respondieron numerosas exclamaciones provenientes desde el bosque, que hicieron vibrar el aire. Los hurones abandonaron el centro de su línea. Por el espacio abierto apareció Uncás, a la cabeza de cien guerreros.
Agitando las manos a izquierda y derecha, el joven señaló a su gente dónde estaba el enemigo, y los delawares se separaron y se lanzaron tras los hurones en fuga. Un pequeño grupo se retiró con lentitud. Entre ellos, se avistó al magua. Uncás se había adelantado y se había quedado solo; pero en el momento en que vio a Zorro Sutil, olvidó toda prudencia y lanzó su grito de guerra, con lo

cual reunió a su alrededor a seis de sus guerreros, y sin pensar en la inferioridad numérica, se arrojó sobre su enemigo.
El magua había observado sus movimientos, y con secreta alegría se aprestó a recibirlo. Pero cuando él pensó que la ciega impetuosidad del mohicano lo iba a poner a su merced, sonó otro grito y vio a Carabina Larga que corría con sus dos compañeros en ayuda de Uncás. Ojo de Halcón le gritó que no se expusiera temerariamente, pero el joven mohicano no escuchó.
Fugitivos y perseguidores llegaron a las primeras chozas de la aldea. El campo había quedado cubierto de cadáveres. Uncás se lanzó en persecución del magua, pese a las advertencias del cazador y de Duncan.
Zorro Sutil se internó en la espesura y entró en la caverna donde había estado Alicia. Ojo de Halcón se precipitó con sus compañeros a la caverna. Entraron en las galerías naturales y en los pasajes subterráneos; allí se encontraban centenares de mujeres y de niños que gritaban y lloraban. Uncás no perdió de vista al magua, que parecía ser su único interés. Hubo un momento en que el cazador y Heyward vieron un ropaje blanco que se agitaba en el extremo de una galería ascendente, que llevaba a la cumbre del peñón.
—¡Es Cora! —exclamó Duncan.
La persecución se reavivó estimulada por la aparición de la cautiva, pero los hurones encontraron los medios de hacer disparos sin dejar de trepar, por un pasaje practicado en la roca.
—¡Tenemos que alcanzarlos! —exclamó el cazador.
—¡Miren! Se valen de la chica como de un escudo.
Ya más cerca, vieron que la joven era arrastrada por un grupo de hurones hacia una de las salidas de la caverna.
Uncás y Heyward, enfurecidos, se precipitaron detrás de los salvajes.
—¡Detente, perro hurón! —gritó Uncás, desde lo alto de una roca—. ¡Detente!
—No iré más allá —gritó Cora al magua—. Mátame si quieres, detestable hurón; no iré más allá.
El jefe hurón desenvainó su cuchillo y se volvió hacia la indefensa joven.
—¡Elige, mujer! ¡La choza del magua o su puñal! —dijo.
Cora se puso de rodillas, extendió los brazos y dijo con voz suave y tranquila:
—¡Soy tuya, Señor! ¡Que se haga tu voluntad!
—¡Mujer! —repitió el magua—. ¡Elige!
Cora no respondió. Zorro Sutil temblaba de ira; levantó el brazo con gesto amenazador, y lo dejó caer como si no supiera qué hacer. Una vez más luchó consigo mismo y volvió a levantar el puñal. En ese mismo instante resonó un gritó penetrante y apareció Uncás. El hurón retrocedió un paso y uno de su compañeros, sin vacilar, hundió su cuchillo en el pecho de Cora.
El magua se precipitó como un tigre sobre el asesino, pero ya había desaparecido y el cuerpo de Uncás le impedía seguirlo. Furioso contra ese obstáculo, y enloquecido por la muerte de Cora, el hurón, ciego de rabia, hundió cobardemente su puñal en la espalda de Uncás.
El mohicano reaccionó como una fiera herida, y con un esfuerzo supremo pudo incorporarse y derribar al magua, pero se agotaron sus fuerzas y cayó sin apartar de su enemigo una última mirada de desprecio. El hurón arrancó su puñal de la herida y lo hundió tres veces en el pecho de Uncás, sin conseguir apartar la mirada del moribundo.
Ojo de Halcón, que había avanzado hasta donde estaba el magua, atravesando los roqueríos, levantó su rifle. Lanzando una risa ronca y burlona, el hurón dio un salto prodigioso, pero no llegó a caer en tierra como él esperaba, sino que se asió desesperadamente a un arbusto que crecía al borde de una roca.
Ojo de Halcón se había acurrucado como una fiera al acecho. Sin agotarse en inútiles esfuerzos, el astuto magua buscó hasta encontrar una piedra saliente en que apoyarse. El cazador le apuntó y

disparó. El hurón soltó los brazos, pero sus rodillas mantuvieron su posición, y finalmente cayó de espaldas rodando de roca en roca hacia el abismo.

El amanecer del día siguiente encontró en duelo a la nación lenape. Había cesado el combate; su antiguo rencor estaba apaciguado, luego de haber vengado con la destrucción de un pueblo la ofensa inferida. El aire negro y turbio que flotaba en torno al sitio en que habían acampado los hurones decía con claridad cuál había sido el destino de aquella tribu errante.
Seis muchachas delawares esparcían, de cuando en cuando, hierbas olorosas o flores de la selva sobre el manto indio que cubría los restos de la noble y generosa Cora. A sus pies estaba sentado el desolado Munro. El fiel Gamut se hallaba a su lado. Cerca de ellos Heyward, recostado contra un árbol, hacía esfuerzos para reprimir su emoción.
Uncás, sentado como si se encontrara vivo aún, estaba adornado con hermosas vestiduras de su tribu; adornaba su cabeza un rico penacho que se agitaba con el viento. Su padre se encontraba frente a él, sin armas ni adornos y hasta la pintura había sido borrada de su cuerpo. El cazador, inclinado junto a Chingachgook, se apoyaba sobre el arma vengadora. Todo estaba en silencio. El patriarca, apoyándose en los hombros de los dos ancianos, se levantó. Parecía que habían transcurrido años desde el día anterior, cuando habló a su pueblo.
—¡Hombres de lenape! La cara del Manitou está detrás de una nube, ha apartado sus ojos de nosotros.
Este terrible anuncio hizo que la multitud enmudeciera, pero poco a poco comenzaron a elevarse cánticos en honor a los caídos.
Una muchacha, elegida entre varias, comenzó a ensalzar las virtudes de Uncás, su juventud y su vigor.
Otras niñas vinieron después y mencionaban cálidamente a Cora y cantaron sobre la coincidencia de la muerte con el guerrero y que aquello era para manifestar la voluntad del Gran Espíritu. También mencionaban a Alicia, que lloraba en la choza próxima. La comparaban con los copos de nieve, sus rizos eran como los de la viña, sus ojos como la azul bóveda del cielo.
Los delawares escuchaban como hechizados y en sus expresivos rostros se podía leer la pena que los embargaba.
El cazador era el único hombre blanco que comprendía el significado de los cantos funerarios y sintió la emoción en varios de sus pasajes.
Chingachgook, en cambio, no parecía demostrar interés alguno: no se movió un solo músculo de su rostro, ni aún en las partes más patéticas de las lamentaciones. Sólo tenía ojos para ver el cuerpo de su hijo tan amado.
Pasaron muchos guerreros rindiendo tributo con su oratoria y canto. De pronto se oyó una voz profunda, unas notas bajas en lenta progresión, suaves y monótonas; era el canto fúnebre de Chingachgook.
Gamut, que había seguido con atención los ritos, al ver que se llevaban el féretro de Cora, inclinó la cabeza sobre un hombro del desconsolado padre, y murmuro:
—Se llevan a su hija, ¿no debemos seguirla y ver que sea sepultada como verdadera cristiana?
Munro se levantó, miró en torno suyo y siguió al cortejo con paso militar y con todo el dolor de un padre desesperado. Sus amigos lo rodearon y el joven oficial se unió a ellos, conmovido ante la temprana muerte de tan bella joven. Por su parte, los hombres de lenape formaron un círculo en torno a los restos de Uncás.
El sitio elegido para Cora era una pequeña altura, donde habían plantado unos pinos que daban una sombra apropiada a aquel sitio solitario.

Las jóvenes indias procedieron a depositar el cadáver en una caja fabricada de cierta elegancia, empleando la corteza de un abedul. En seguida la bajaron a su última morada y cubrieron con hojas la tierra recién removida.

David entonaba un cántico piadoso de esperanza y de resignación. Conmovido, se superó a sí mismo y su canto no tuvo nada que envidiar al coro de las muchachas.

Las miradas se dirigieron al padre de la muerta. Munro pareció comprender que había llegado el momento supremo de su existencia. Descubrió su cabeza gris y, con semblante grave y sereno, miró a la multitud respetuosa que lo rodeaba. Hizo una seña al cazador y le pidió que tradujera:

—Diga a estas buenas niñas que un padre viejo y desolado les agradece lo que han hecho. Dios les tendrá en cuenta su caridad; y que llegará el tiempo, no muy tarde, en que todos nos reuniremos en torno de su trono sin distinción de sexo, rango ni color.

Duncan tocó el brazo del anciano y le señaló una litera que traían unos jóvenes en andas.

—Comprendo —dijo el anciano—. Vamos; nuestro deber aquí ha terminado. Partamos.

Heyward se apresuró a obedecer aquella orden, ya que estaba a punto de perder su serenidad. Estrechó la mano del cazador y se comprometió a encontrarse nuevamente con él en las filas del ejército inglés. Montó su caballo y se acercó a la litera de la que salían los sollozos ahogados de Alicia.

Después de que se hubieron marchado, Ojo de Halcón regresó al sitio de la sepultura de los dos jóvenes. Los delawares comenzaban a cubrir a Uncás con sus últimos vestidos de pieles. Toda la nación se reunía en torno al sepulcro de su jefe. El cuerpo fue depositado con el rostro vuelto hacia el sol naciente; sus armas de guerra y caza fueron colocadas a su lado; todo estaba preparado para el gran viaje, y hasta el féretro tenía una abertura para que el espíritu pudiera comunicarse con sus restos cuando fuera el momento.

Chingachgook levantó la cabeza y, luego de recorrer con la vista la asamblea, se le oyó decir:

—¿Por qué lloran mis hijos? ¡Porque un joven ha partido para los hermosos campos de caza! ¡Porque un jefe ha colmado su tiempo con honor! Fue bueno, respetuoso y valiente. El Manitou necesitaba tener guerreros como él y lo ha llamado. En cuanto a mí, yo ya no soy más que un tronco seco, mi raza ha desaparecido de las costas del lago salado y de las colinas de los delawares. Yo estoy solo...

—¡No, no! —exclamó Ojo de Halcón. Nuestro color puede ser diferente, pero Dios nos ha colocado de manera que recorramos la misma senda. Yo no tengo familia y puedo decir, como tú, que no tengo pueblo. Uncás era tu hijo, el hijo nos ha dejado por algún tiempo, pero tú no estás solo.

Chingachgook estrechó la mano amiga, y los dos recios e intrépidos habitantes de los bosques permanecieron con la cabeza inclinada, dejando que sus lágrimas cayeran como gotas de lluvia sobre el sepulcro de Uncás.

Entonces Tamenund levantó la voz para dispersar a la multitud:

—¡Partan, hijos de lenape! Aún no ha llegado la hora de los pieles rojas. En la mañana de mi vida vi a los hijos de Unamis felices y fuertes. Pero antes de que llegara mi noche, he visto al último guerrero de la sabia estirpe de los mohicanos.